EDITORIAL-AMÉRICA

Director: R. BLANCO-FOMBONA

PUBLICACIONES:

I

Biblioteca Andrés Bello (literatura)

II

Biblioteca Ayacucho (historia).

III

Biblioteca de Ciencias políticas y sociales.

IV

Biblioteca de la Juventud hispano-americana.

V

Biblioteca de obras varias (españoles é hispano-americanos).

VI

Biblioteca de historia colonial de América.

VII

Biblioteca de autores célebres (extranjeros).

De venta en todas las buenas librerías de España y América

Imprenta de Juan Pueyo, Luna, 29. Teléf. 14-30.—Madrid.

LOS CACIQUES HEROICOS

BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

Obras publicadas (á 3,50 ptas. tomo).

I.—M. Gutiérrez Nájera: *Sus mejores poesías.*
II.—M. Díaz Rodríguez: *Sangre patricia.* (Novela), y *Cuentos de color.*
III.—José Martí: *Los Estados Unidos.*
IV.—José Enrique Rodó: *Cinco ensayos.*
V.—F. García Godoy: *La literatura americana de nuestros días.*
VI.—Nicolás Heredia: *La sensibilidad en la poesía castellana.*
VII.—M. González Prada: *Páginas libres.*
VIII.—Tulio M. Cestero: *Hombres y piedras.*
IX.—Andrés Bello: *Historia de las Literaturas de Grecia y Roma.*
X.—Domingo F. Sarmiento: *Facundo.* (Civilización y barbarie en la República Argentina.)
XI.—R. Blanco-Fombona: *El Hombre de Oro* (Novela).
XII.—Rubén Darío: *Sus mejores Cuentos y sus mejores Cantos.*
XIII.—Carlos Arturo Torres: *Los Ídolos del Foro.* (Ensayo sobre las supersticiones políticas.)
XIV.—Pedro-Emilio Coll: *El Castillo de Elsinor.*
XV.—Julián del Casal: *Sus mejores poemas.*
XVI —Armando Donoso: *La sombra de Goethe.*—4 pesetas.
XVII.—Alberto Ghiraldo: *Triunfos nuevos.*
XVIII.—Gonzalo Zaldumbide: *La evolución de Gabriel d'Annunzio.*
XIX.—José Rafael Pocaterra: *Vidas oscuras.* (Novela.) 4 pesetas.
XX.—Jesús Castellanos: *La Conjura.* (Novela.)
XXI.—Javier de Viana: *Guri y otras novelas.*
XXII.—Jean Paul (Juan Pablo Echagüe): *Teatro argentino.*
XXIII.—R. Blanco-Fombona: *El Hombre de Hierro.* (Novela.)
XXIV.—Luis María Jordán: *Los Atormentados.* (Novela.)
XXV.—Carlos Arturo Torres: *Estudios de crítica moderna.*—4 pesetas.
XXVI.—Salvador Díaz Mirón: *Lascas.* Precio: 2,75 pesetas.
XXVII.—Carlos Pereyra: *Bolívar y Washington.*—4,50 pesetas. (Un grueso volumen de 448 páginas.)
XXVIII.—Rafael M. Merchán: *Estudios Críticos.*
XXIX-XXX.—Bernardo G. Barros: *La caricatura contemporánea.*
XXXI-XXXII—José Enrique Rodó: *Motivos de Proteo.*
XXXIII.—Manuel Gutiérrez Nájera: *Cuentos color de humo* y *cuentos frágiles.*
XXXIV.—Miguel Eduardo Pardo: *Todo un pueblo.* (Novela.)
XXXV.—M. Díaz Rodríguez: *De mis romerías* y *Sensaciones de viaje.*
XXXVI.—Enrique José Varona: *Violetas y Ortigas.* (*Notas críticas* sobre Renan, Sainte-Beuve, Emerson, Tolsttoy, Nietzsche, Castelar, Heredia, etc.)
XXXVII.—F. García Godoy: *Americanismo literario.* (Estudios críticos de José Martí, José Enrique Rodó, F. García Calderón, R. Blanco-Fombona.
XXXVIII —Alvaro Armandó Vasseur: *El Vino de la Sombra.* 2,75 pesetas.
XXXIX.—Juan Montalvo: *Mercurial Eclesiástica (Libro de las verdades) y Un vejestorio ridículo ó los Académicos de Tirteafuera.*
XL-XLI—José Enrique Rodó: *El mirador de Próspero.*
XLII.—R. Blanco-Fombona. *Cancionero del amor infeliz.*—2,50 pts.
XLIII.—Rafael María Baralt: *Letras españolas.* (Primera mitad del siglo XIX.)

BIBLIOTECA AMERICANA DE HISTORIA COLONIAL

MAESTRE JUAN DE OCAMPO

FRAY NEMESIO DE LA CONCEPCION ZAPATA

LOS CACIQUES HEROICOS

PARAMAIBOA. — GUAICAIPURO
YARACUY. — NICAROGUÁN

BIBLIOTECA NACIONAL
CARACAS - VENEZUELA

EDITORIAL-AMÉRICA
MADRID

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERIA
FERRAZ, 25

EL MAR DE LAS PERLAS

(HISTORIA DE LA CONQUISTA DE NUEVA ANDALUCÍA)

COMPUESTA POR EL

MAESTRE JUAN DE OCAMPO

EL AÑO DE 1598

ADVERTENCIA

El trabajo histórico é inédito que ofrecemos á los lectores de las obras que publica la EDITORIAL-AMÉRICA *es uno de los más importantes de cuantos escribió el maestre Juan de Ocampo.*

Es la historia completa y detallada de la región oriental de Venezuela que se llamó Nueva Andalucía *en los tiempos del Descubrimiento.*

Las costas de este inmenso territorio, que abarca hoy los Estados Anzoátegui, Sucre y Maturín, en el Oriente de Venezuela, fueron descubiertas por Cristóbal Colón en su tercer viaje. Cuando reconoció ese territorio acababa de recorrer Colón el golfo de Paria, que llamó Mar de las Perlas *por las muchas que en él había. El descubrimiento de este mar ocurrió en Agosto de 1499.*

En esta obra hace gala Ocampo de precisión y verdad, pues aunque no fué testigo presencial hizo uso de una multitud de datos escritos que le facilitó el conquistador de aquellas regiones Gonzalo de Ocampo, su deudo.

El manuscrito que hemos copiado, y ahora por vez primera se publica, va marcado con el número 19.248, Documentos de Louisiana, manuscritos de la Biblioteca Nacional.

Editorial-América.

Madrid, 1918.

Antes de comenzar la larga relación de los buenos y malos sucesos que ocurrieron á los enviados de Su Majestad, á quien Dios guarde en su divina gracia, en las partes de Uracoa y Guanta, llamados después Espíritu Santo por los Padres de la Compañía de Jesús, justísima razón es que consigne que en ella heme orientado y valido por los documentos que legó á su familia Gonzalo de Ocampo, mi deudo muy cercano, y que fueron su ejecutoria como servidor de Su Majestad.

JUAN DE OCAMPO.

Miranda del Duero, 15 de Noviembre del año de 1598.

I

Antelaciones.

Antes de pasar al relato de los sucesos que motivan este trabajo propóngome dar algunos datos y referencias que atañen al aspecto general de aquella vastísima parte de los reinos de Su Majestad en el mar Océano.

Según las cartas de Alonso Niño y Cristóbal Guerra, se extiende este territorio unas doscientas leguas á la redonda, y tiene más de ochocientos mil habitantes salvajes que habitan en cuatrocientas poblaciones grandes y una multitud de pequeños grupos de casas en lo hondo de las selvas y las llanuras. Es este territorio

mayormente montañoso hacia el centro: en él se alzan dos grandes cumbres, llamada una de Turumiguire y Taracacocual (1), con una inmensa altura sobre la superficie del Océano.

Además de estas dos eminencias hay otras en buen número, y son: la de Yaragual, Guaracapo, Caripe, Aniriquire y otras de menor importancia.

De estas dos cadenas de montañas salen unos cuatrocientos ríos y riachuelos, de los cuales el de Uracoa, Mánamo, Chirique, Tacarigua y otros son navegables y ofrecen cuarenta ó cincuenta leguas de navegación para gavias y bergantines y lo menos quince de navegación para canoas y juncos. Por estas vías de agua puede penetrarse hasta muy lejos el país.

Tiene tres lagos, y son: el mar de las Perlas, el de Cariaco, ó Guaipóo, como lo llaman los naturales, y el de Campoma.

(1) Alude el autor á la cordillera de Bergantín.—(*Nota de la presente edición.*)

Lagunas ó ciénagas tiene más de veinte, pero las cuatro principales son: la de Chamariapa, la de las llanuras de Uracoa, la del Carinicuao y la de Zambejarro.

Hay una infinidad de animales de todo jaez que encuentra en amplitud su alimento y buen vivir ahí, y son leones, tigres, dantas, osos, monos de muchos órdenes, ciervos, y algunos animales muy raros, como el llamado *cachicamo* por los indios.

En dos dársenas marinas del Norte hay grandes regaderos de sal; una es llamada por los indios Araya y la otra Guaranache (1).

Pocos años después del viaje de Colón, como creciese el entusiasmo por los viajes lejanos, Alonso de Ojeda, utilizando abastecimientos que le ofreció el obispo Fonseca, aparejó cuatro bajeles y emprendió el viaje, llevando la misma derrota que el Almirante. Iba con él Juan de la

(1) Conservan este mismo nombre en la edad presente.—*(Nota de la presente edición.)*

BIBLIOTECA NACIONAL

Cosa y Mencío Montemayor. Este viaje fué en Agosto de 1499.

Después de Ojeda salió con la misma ruta una carabela llamada *Sentimientos*, con 33 hombres al mando de Pero Alonso Niño y Cristóbal Guerra.

Después de muchos martirios y amarguras tocaron en la península de Araya, y desembarcando en Manare. Fueron estos animosos navegantes los primeros europeos que pisaron aquella tierra, y la llamaron *La Curiana*.

Después que recogieron una gran cantidad de perlas en el estrecho formado entre Costa Firme y la isla de los Yaguaneguanes (1), regresaron á España á principios del año de 1501.

Un número bastante crecido de religiosos de la Orden de Santo Domingo salió de La Española el año de 1513 y fue-

(1) Isla de Margarita, llamada en la división política de Venezuela Estado Nueva Esparta.—*(Nota de la presente edición.)*

ron recibidos muy bien por los indios de aquellas regiones.

Los santos padres empezaron su evangelización con envidiable éxito. Atrajeron muchas almas al regazo del Señor y muchas voluntades al poder de Su Majestad el Rey, y su misión se hubiera perdurado por años y años en aquellas riquísimas regiones; pero las tentaciones del Demonio, que siempre anda al acecho, destruyeron aquella hermosa obra de caridad.

El capitán Nuño Vasco de Garanda, á su salida de aquel territorio por el fondeadero de Los Guantas, robó 22 mujeres y 17 hombres y se los llevó, con el objeto de venderlos en los trabajos de piedra de *Hamphires*, en Inglaterra.

Enfurecióse el cacique robado, y, yéndose á la morada de los religiosos, los sacrificó á todos, en venganza de los ultrajes que le había inferido Garanda.

Un año después el corsario Alonso de

Ojeda (que, aunque del mismo nombre, era distinto del conquistador antes mentado) armó un buque en la isla de Cubagua, donde se hallaba establecido, y marchó sobre las costas de La Curiana á tomar venganza de lo que había hecho á los padres el cacique de Los Guantas.

Se entregó á los mayores desenfrenos: violó, asesinó, robó á los indios.

Estos, que habían sido sorprendidos, abandonaron la región y se internaron en las montañas; pero en aquellos abrigos se armaron y organizaron de tal modo que, resolviéndose á atacar al corsario, le vencieron en pocas horas. Tanto el capitán como sus compañeros, fueron quemados vivos.

Según los informes que da el Padre de las Casas al superior de la Orden en Córdoba, aquellos desgraciados aventureros fueron comidos (1).

---

(1) El Padre de las Casas, y Ocampo y muchos otros historiadores primitivos de Indias, han incurrido en este gra-

Acontecían estos tristísimos sucesos para el año de 1520.

Tales desmanes, tan horrendos crímenes, tan oprobiosos sentimientos por ambas razas, fueron exacerbando el espíritu de las tribus hasta hundir en ellos todo discernimiento de piedad, toda idea de paz y de la fraternidad que debe reinar en el corazón de los hombres para que puedan ser sazonados los frutos que regala la bondad divina.

Tales depredaciones fueron la causa y razonamiento para que se intentase un levantamiento general de todas las tribus de la vasta extensión que ya comenzaba á llamarse *Nueva Andalucía*.

Numerosísimos ejércitos indios atravesaron el río Yaguarapanaiba por el vado

---

ve error. Está probado por la ciencia, por la tradición y hasta por el más elemental sentido común, que los habitadores de América no eran antropófagos. Esto no es más que leyenda y deseos de dar emoción espeluznante á los escritos.—*(Nota de la presente edición.)*

de Irapire, y cayendo bruscamente sobre las encomiendas ya formadas al Sur, las redujeron á cenizas: destruyeron el convento de Santa Fe y sacrificaron todos los religiosos.

En estos bárbaros sacrificios usaron del sistema europeo, pues con armas cogidas á los nuestros en otras guerras pudieron experimentar la horrenda influencia del hierro en el culto de Caín.

Los humildes siervos de Dios fueron pasados á cuchillo y arrastrados por los berrocales.

En posesión de tan espantosos detalles, la Audiencia de La Española envió á Gonzalo de Ocampo con una fuerte escuadra con seiscientos arcabuceros, doscientos cincuenta caballos y once piezas de artillería.

Iba Ocampo con el mandato de pacificar y castigar á los salvajes y quedarse en la región con el cargo de Adelantado y

Encomendero mayor de Su Majestad.

Ocampo, después de rudas peleas, en que perdió más de la mitad de sus huestes, logró pacificar el territorio: ahorcó nueve caciques y envió ciento cincuenta de los caudillos más señalados á La Española para que fuesen á servir en los trabajos como esclavos.

Terminado esto, fundó la hermosa ciudad de Nueva Toledo (1).

---

(1) Esta ciudad es Cumaná, cuna del mariscal Antonio José de Sucre, y está situada á los 10° 27' 52" de latitud N. 2° 54' 58" de longitud. Hoy es una ciudad floreciente, cuyos hijos se distinguen por su actividad é inteligencia.—*(Nota de la presente edición.)*

II

Posteriores trabajos y fatigas para la evangelización y ordenación del país.—Partida y vuelta de Ocampo.

Ocampo, aun con su entereza y acendrado valor, no pudo sostenerse. Acosado constantemente por los cumanagotos, atacado siempre por el irreductible cacique de los guantas Paramaiboa, amenazadas las encomiendas de Zapoara por Pariaguán, vióse forzado á volver á La Española.

El recuerdo cruel y sanguinario de Gandara, las tropelías y maldades de Ojeda, las medidas fuertes á que se vió forzado Ocampo, pusieron á los salvajes en tal situación de ánimos que se retiraron todos á las montañas con el firme intento de no

dejar un solo momento de sosiego á nuestras tropas.

Las Çasas, después de mil fatigas y tristezas, se vió también forzado á abandonar sus intentos. Retiróse desencantado á España, y tomó el hábito de dominico el año de 1523.

Después fué Jácome Castellón en el cargo de Ocampo.

Libró varios sangrientísimos combates contra los guantas, los cumanagotos, los zapoaras y los pariaguanes.

Restableció la pesca de perlas en la isla de la Cubagua y puso á la ciudad principal otro nombre, vale decir que en lugar de Nueva Toledo la llamó Nueva Córdoba.

Regresó de España Ocampo, y, unidos, reemprendieron la conquista de todo el territorio.

Este intento fué algo más fructuoso y feliz que los otros; ¡pero cuánta sangre costó!

III

Más desventuras.

Con el propósito de apoyar á Ocampo y á Jácome arribó á aquellas costas Don Alonso de Vera y Aragón, conocido por el apodo de *El Tupí.*

Mas fué tanta su sinfortuna que, acertando á tomar puerto por el lado del *golfo de las Perlas* (ó golfo de Paria), y, por lo tanto, muy distante de los encomenderos, fué repelido espantosamente por los naturales.

No pudo lograr ninguno de sus intentos. Pero fué tan cruda la guerra que le hicieron los salvajes, que quince ó veinte

BIBLIOTECA NACIONAL
CARACAS - VENEZUELA

días después de haber desembarcado tuvo que tomar de nuevo los galeones, logrando esto milagrosamente, porque las hordas indias fuéronle siguiendo á él y á sus compañeros hasta la propia orilla del mar.

No tuvo tiempo de reembarcar nada de lo mucho que había trasladado al lugar donde pensó establecerse, perdiendo por tal motivo más de mil arrobas de trigo, enorme cantidad de telas, cuerdas, herramientas y catorce bestias, entre vacas y caballos.

Sabido este mal suceso en La Española, ya no se pensó en nueva conquista ni fundación en aquella costa, puesto era de precisarse que cuando Don Alonso de Vera y Aragón no pudo, mal podía hacerlo otro que no fuese como él, animoso hombre de mar y aguerrido lancero en Flandes y en otras muchas guerras (1).

(1) Este Don Alonso, derrotado por los indios de Venezuela, años después pasó al extremo Sur de América, y allí fundó, en territorio de la hoy República Argen-

No sucedió lo que se presumió al principio, por razón de los malos resultados que tuvo *El Tupí*. Poco después tomó puesto en aquella peligrosa costa el capitán Gonzalo con un galeón de ochocientas arrobas castellanas y tres corbetas de menor simbornal.

Teniendo en mucha cuenta las observaciones que enantes se le habían hecho, el capitán Gonzalo no llegó á tierra al mismo dar fondo en las aguas bajas, sino que se estacionó unos días en una isleta que hay muy cerca de la costa (1).

Desde ahí comenzó sus diligencias y aprestos para entrar en pugna con los salvajes.

---

tina, la ciudad de Corrientes, entre el Paraguay y el Paraná.

En aquella época fué cuando le pusieron el apodo de *El Tupí*.

Corrientes es hoy una ciudad argentina que cuenta alrededor de 40.000 habitantes; dista 1.300 kilómetres de Buenos Aires.—*(Nota de la presente edición.)*

(1) Alude, ó á Cabo Codera, ó la pequeña isla llamada La Esmeralda. —*(Nota de la presente edición.)*

Tenía Ocampo sobre *El Tupí* la ventaja de llevar elementos superiores, puesto que contaba con setenta y dos hombres de infantería, quince jinetes y tres piezas pequeñas de artillería.

Las fuerzas de *El Tupí* no pasaban de cincuenta entre todos, y no contaba sino con un pedrero de sunchos y madera que al dispararlo había que dejarlo solo, porque se zarandeaba en la tierra con grave peligro del artillero.

Pocos días antes de resolverse á tomar la costa alcanzaron á ver los soldados varias canoas ó juncos indios en que navegaba gran número de los naturales por una ancha ría que hay en aquel paraje (1).

En una salida en falso que hicieron tres soldados de una de las corbetas, cautivaron una de las canoas en que iban seis hombres y dos mujeres.

---

(1) Río Nevery, Estado Bermúdez, Venezuela.—*(Nota de la presente edición.)*

Llevados al galeón, y con gran trabajo y por señas, les hicieron comprender que los españoles no les harían ningún daño.

Y regalaron á los indios una porción de abalorios, telas y cintajos, y les hicieron beber vino añejo extremeño.

Los pusieron en libertad.

Después apareció otra canoa con otros indios, los cuales venían de parte del cacique *Paramaiboa.*

Estos indios traían consigo todas las regalías que los nuestros habían hecho á los otros indios, y manifestaron ánimo como de devolverlas, y dando á comprender que el cacique lo que quería era que los españoles se alejasen de aquellas regiones.

Entonces Ocampo resolvió dejar presos los indios y llevar á cabo el desembarco.

IV

Crudelísima batalla con los guantas.—Los indios se ponen en fuga.

A las doce de la noche practicó Ocampo el desembarco, y tomando las mayores previsiones y poniendo mucha cautela esperó que llegase la mañana.

El objeto del capitán era lanzarse sobre los indios y sorprenderlos.

Los sorprendió, haciendo una cruda matanza. De este modo quedó dueño del campo.

Sólo lamentóse mucho de no haber podido apresar al fiero cacique guanta Paramaiboa, cuya prisión era el fin principal de toda la guerra, pues éste con Pa-

ríaguán, el de los zapoaras, eran los que mantenían vivo el odio contra los españoles.

El Paramaiboa había destruído once veces la población de Guanta, llamada por los dominicos Espíritu Santo.

V

Desavenencias entre Ocampo y Jácome.

El haber mandado Ocampo como encomendero de la región Zapoara á un hermano de Albéniz, su auxiliar y escribano, amostazó á Jácome en grado sumo.

Jácome había manifestado deseos de que fuese en este negocio Indalesio Sáenz, cabo de marina á quien apreciaba mucho y tenía gran devoción.

Reclamó Jácome en palabras duras. Respondió Ocampo en no menos talante.

El altercado llegó á tan extremosos ademanes, que Ocampo sacó un palmo la espada, produciéndose un revuelo entre los soldados de ambos.

La intervención del Padre José de Arles, que gozaba de especial ascendiente entre ellos, puso fin á la querella; pero los dos quedaron en adelante divididos.

Ni Ocampo aprobaba los actos de Castellón, ni Castellón los de Ocampo.

Así andaban las cosas en el gobierno del vasto país cuando los indios comenzaban á dar muestras de una reposición vigorosa y rápida.

Repetidos asaltos guantas pusieron en zozobra y sobresalto las pueblas de Cariguao y Onoto.

VI

El protegido de Ocampo.

Monsalve, el deudo de Albéniz, fué á sustituir un encomendero bisoño en tierras de los zapoaras.

Costó disgusto y altercado su nombramiento; pero Ocampo no podía oponerse desautorizando, y resistió la pugna, aun cuando su preferencia en perjuicio del cabo de mar afectase hondamente el buen orden y concordia de los jefes.

Afortunadamente Monsalve tuvo alguna suerte. En cuatro meses efectuó muchas transformaciones en la administración de la Encomienda, y en varios en-

cuentros con los indios tuvo felicísimo suceso.

Conoció prestamente la naturaleza del terreno; se fijó y estudió mucho en las gentes que le rodeaban.

Aprontóse de un escudero indio que llenaba todas sus prisas en el buen servicio de mesa y hembras.

Este escudero, que era muy listo para cazar gallinas de monte en lo espeso de los bosques, fué bautizado por el alguacil mayor con el nombre de Zorrillo.

Pero el diablejo del salvajillo habíase dado tal maña en captarse la simpatía de sus amos españoles sin dejar de servir á los de su raza, que en su humilde y servil sumisión constituía un serio peligro para el poder español.

Los mayores no se daban cuenta de aquella desventura y daban cada día más motivo á *Zorrillo* para que pusiese en práctica sus malas artes.

El indio, á su vez, no carecía de razonamientos en que basar sus pícaras perfidias. Lo que le había hecho el alguacil era terrible y le dolía en el alma.

Lo del apodo poco ó nada le importaba: había algo más denigrante y más doloso que un macho con toda la fuerza y todo el coraje no puede aceptar... ¡Le habían quitado sus mujeres!

VII

Zorrillo.

Da no poca desazón el pensar en las fatales consecuencias que siempre produjo el extravío de los hombres por no acomodarse á las santas inspiraciones del discernimiento bien encaminado.

Las tribus enemigas, que eran muchas y muy numerosas en aquella región, percatáronse de lo acontecido entre los jefes españoles, y con esa astucia y sutileza que es grande destreza en el natural, dispusiéronse á aprovechar la tan menguada oportunidad.

Pariaguán, el primero, ordenó la concentración hacia ambas riberas del río con

el intento de atacar el grueso de los reales españoles por el lado de los pueblos.

En este discurso atinaban mucho los naturales, pues el rebase de las pueblas por el Sur habría de darles sitio abrigado y defendido para los ataques que se ofreciesen una vez logrado el objeto principal, que era sembrar la alarma y el desbarajuste en las tropas avanzadas.

Zorrillo cumplía su misión á carta cabal. Mientras el cacique de los *Gucaiqueties* y *Guaiqueries* se mostraba satisfecho de lo bien quisto que era en sus diligencias, Monsalve le decía, alborozado:

—Eres, mi buen *Zorrillo*, una prenda inapreciable, ¡vive Dios! Que si todos los de tu raza fuesen tan listos como tú, ya tendríamos para rato los que hemos venido á haceros gente de provecho y no la desvergüenza de esa vida que lleváis con ese taparrabo y esas plumas de salvajes avechuchos.

El taimado del indiecito reía, moviendo los ojillos con un no sé qué de malignidad y astucia:

—Es porque *Zorrillo* te quiere mucho, muchote... *Zorrillo* quererle á los españoles bastante muchote!

Y, en realidad, *Zorrillo* quería mucho... quería ver á los españoles asaeteados y colgados de los árboles más altos. Quería el buen *Zorrillo* ver toda Zapoara libre de los hombres blancos, y, sobre todo, para recuperar las dos mujeres que le había quitado el alguacil mayor.

Aquella idea no se apartaba de la mente del indio.

Con una salacidad y una hipocresía natural trataba á los españoles. Odiábalos; pero no le quedaba otro recurso que acatarlos: sabía que en una hora menguada, y hasta sin mengua, podían desollarlo vivo, y entregarlo á las llamas.

A esto agréguese que un soldado le

había dicho, enseñándole una lanza que llevaba la cabeza de un cacique engastada en la punta:

—Así haremos á todos los indios que se hagan enemigos de nosotros.

Y al cobarde y apocado *Zorrillo* le metía el pavor en las entrañas aquel recuerdo.

¡No, no! Él no quería pensar en que su cabeza pudiese ir sangrando en el acero de una lanza, chorreando su sangre como púrpura líquida por el madero, por el largo y áspero madero.

Cuando el alguacil le daba alguna cosa él la recibía con una forzada sonrisa. Recibía aquello con la siniestra, como si de adentro del alma le saliese darle en el rostro con la diestra. Pero aquel ímpetu no pasaba para afuera: se le quedaba en la piel: el miedo imponía la vileza. Era el macho aherrojado.

Aquel hombre blanco maldito le había arrebatado dos de sus mujeres.

El día que fué despojado de ellas ni gritó, ni gimió, ni maldijo: ahogó sus agravios; pero el odio sombrío, rencoroso, se aferró á su ánimo.

Recibió el ultraje más bien complacido; mas por dentro llevaba la tempestad sorda, amenazadora, sanguinolenta, por los aletazos del rayo que iba palpitando en ella con todas las furencias del coraje.

De haber conocido las blasfemias y las maldiciones se habría condenado, porque habríase ido á lo espeso de la selva y ahí, en la soledad, habría cerrados los puños y enseñándolos al cielo, impasible, quién sabe cuántas cosas espantosas hubiesen salido de su boca.

Pasivamente, con la inconciencia de un enajenado, continuaba viviendo entre aquellas gentes haciendo alardes de listo y de diligente; obedecía como un lebrel á cuanto se le mandaba.

Así obedeció cuando se le dió mando de entregar las mujeres:

—Tienes seis mujeres... Con cuatro te bastan, mi buen Zorrillo. ¡Vaya un goloso de la manzana maldita! Con cuatro te bastan... dame, pues, las dos que te pido, yo que apenas he podido conseguir tres, de las cuales dos se me fugaron, y ¡sólo tengo una! Seremos excelentes compañeros en el dulce culto de Venus. ¡Vive Dios, que no soy tan goloso como tú!

Y así tuvo que obedecer y desprenderse de dos de sus barraganas.

El alguacil mayor se gastaba una locuacidad fría y artera.

Cuantos movimientos y previsiones tomaban en el real español eran sabidas inmediatamente por Pariaguán.

De suerte que los nuestros llevaban una venda en lo tocante á aquel muchacho, de quien estaban enemistados. Y con razón.

Era listo, diligente y bien mandado; para

todo: para el servicio de la casa del encomendero y para el servicio de los de su raza.

Servía muy bien á Dios y al diablo.

Y es que la desventura humana es en todas partes el patrimonio del hombre.

Lo mismo acontece en los brutos animales de los bosques: el tigre acecha á la incauta presa. No se deja ver con ella; se oculta traidoramente hasta el momento en que ésta, no pudiendo defenderse, perece bajo la garra.

La hipocresía y la traición en formas más ó menos veladas; pero en el fondo es siempre igual, é igualmente vil. Allí lo mismo que acá. Bajo la túnica alba de Bruto, ó bajo la peluda piel manchada, de oro pálido, del tigre carnicero, ó bajo la sumisa y cerdosa melena del indio.

En todos va la garra traidora, y con la garra, el zarpazo, ya á modo de tal, ó al modo del bote de lanza en el costado de Jesús.

VIII

El sacrificio de Guanta.

No bien hubieron organizado las primeras tropas, Pariaguán quiso ponerse de acuerdo con Paramaiboa, el cacique arrojado de Guanta por Ocampo. Sabía Pariaguán que Paramaiboa no era afecto á su causa, puesto que aquél fué uno de sus rivales en la contienda de Caicara cuando por muerte del cacique caroní Yavire, quisieron ambos tomar para sí el dominio de las tribus, en lo que guerrearon largo y sangrientamente, quedando Pariaguán dueño de la vasta extensión desde el mar hasta las riberas del gran río (1).

(1) Refiérese el autor en esta vasta extensión á la parte Norte del hoy Estado Bolívar (Guayana), en la República

Pero reflexionando que aquella vez convenía á ambos la reconquista de lo que les habían arrebatado los españoles, no vaciló en enviarle comisionados á Paramaiboa.

Los comisionados salieron con cuantiosos presentes y no pocas palabras exaltadas para el cacique caribe.

Haciendo prodigios de destreza y agilidad lograron atravesar las llanuras de Uracoa y Tabasca sin ser sospechados por los pelotones de soldados de caballería que cuidaban los rebaños españoles.

Asimismo atravesaron la zona montañosa; pero en el momento en que rehuían la puebla de Los Angeles en Bajos de Buja, ó sea Cimara, como la llaman los del país, fueron sorprendidos mientras dormían por un destacamento de arcabuceros que andaban haciendo caza y pesca por el Río Grande de la Encomienda.

---

de Venezuela, ó sea desde las costas de Cumaná hasta las riberas del Orinoco.—*(Nota de la presente edición.)*

Llevados al real de Guanta, fueron atormentados y puestos en confesión por un intérprete español: uno de ellos flaqueó y dió cuenta de cuanto sabía de Pariaguán.

El que reveló el plan fué dejado en reposo; pero los que se negaron á hablar fueron quemados vivos.

El capitán Ocampo, habiendo sido víctima ya varias veces de las traidoras asechanzas de Paramaiboa, quiso hacer un escarmiento, y á fin de que de él tomasen cuenta las tribus que estaban bajo su dominio, y entre las cuales comenzaba á renacer el exacerbado resentimiento de las pasadas contiendas contra el conquistador.

Como en la Encomienda de Zapoara, había en la de Guanta no uno, sino varios *Zorrillos*, que todo lo soplaban á Paramaiboa.

Supo éste, mejor que como se lo hubiesen dado los de la comisión sacrificada, todo el proyecto de Pariaguán.

El sacrificio de los dos enviados le encendió la cólera. A su vez envió comisionados á Pariaguán dándole respuesta formal de ir á su lado en el intento, y de la desgraciada suerte de ambos enviados.

Aun no habiendo pasado tres días, tuvo Paramaiboa la ocasión de tomar feroz venganza de los dos indios quemados vivos.

IX

La venganza de Paramaiboa.—La horrible mutilación.—Desesperación de la mujer de Albéniz.—Descubrimiento y sorpresa.

Entre otros *Zorrillos* que vivían en el Real de Ocampo, había uno llamado Arichuna, joven indio, hermoso, alto, algo más claro en la color que la generalidad de los de su raza. Servía como doméstico en casa de Albéniz, y era sumamente listo é inteligente.

Llevaba los niños de Albéniz al baño ó los distraía pescando en el riachuelo vecino; bañaba los caballos, ordeñaba las vacas, desplumaba las aves que traían los indios cazadores para el mantenimiento de

la puebla, ayudaba en la cocina y se daba faena en las embarcaciones, despojando de escamas el pescado.

Pero tantas faenas no le impedían verse á diario con los suyos en la espesura de los bosques, dándose prisa en informar cuanto podía y en darles armas cortantes que hurtaba en los depósitos.

Si Albéniz le quería, más le era devota su mujer.

Hembra joven y hermosa, y Albéniz viejo ya y harto achacoso, no era raro aquel afecto.

A la larga, la mucha viveza del indio y lo muy apasionado y fogoso del temperamento de ella, el pecado no se hizo esperar.

Mas he aquí que con los espasmos de la bestialidad de la carne sobrevínole la pasión del espíritu. No habiendo experimentado ella jamás el estremecimiento del corazón que se ilumina bajo los reflejos de

unos ojos amados, llegó á sentir una pasión arrebatadora por Arichuna.

Llegó á proponerle ella que se fugasen al campamento de Paramaiboa, y que explicando todo al cacique, se quedasen ahí para siempre. ¡Que á eso conduce el extravío del demonio de la carne!

Pero el pícaro de Arichuna supo rehuir con tiento. Le convenía más á él la regalada vida de la Encomienda; y á sus hermanos muy mucho que permaneciese en ella, para que les diese todo género de indicaciones, armas y modos de aprender el manejo de mosquetes y arcabuces.

Y se presentó el día fatal de la arremetida de Paramaiboa.

Atacó la Encomienda al amanecer con mil quinientos flecheros.

Fué un ataque terrible, con escalamiento de baluartes y parapetos.

Las masas indias eran barridas por los

pedreros, y la caballería en cada salida esteraba el campo de cadáveres.

Pero muchas de estas terribles cargas no surtían el efecto de otro tiempo.

Los indios conocían todo aquel sistema de trampas como su propia cabaña.

Los informadores habían tenido una eficacia aplastante.

Costó mucha sangre á las huestes de Ocampo esta terrible prueba.

A las dos de la tarde se retiraron diezmadas las huestes indias; pero dejaron á los españoles en un estado de decaimiento espantoso.

Si Paramaiboa, fortaleciendo sus tropas, hubiese vuelto al asalto el día siguiente. la victoria habría sido suya.

Uno de los detalles más interesantes de la batalla fué el haber sido sorprendido Arichuna con cuatro de los indios domésticos rompiendo un parapeto de madera para que pasasen los asaltantes.

Cuando terminó el asedio, Albéniz se dispuso á castigar cruelmente á los indios traidores.

Fueron llevados, de pies y manos amarrados, por medio de la calle hacia la plazoleta donde había de quemárseles vivos.

Adelante avanzaba Arichuna, y más atrás sus cuatro compañeros.

Cuando la mujer de Albéniz vió pasar al indio, perdió la razón.

Salió despavorida para la calle y, asiéndose al indio con desesperada fuerza, comenzó á lanzar alaridos:

—¡No, no!—gritaba—. ¡No, por Dios, no! ¡Matadme á mí!, ¡á mí!, ¡á mí! ¡Quemadme viva, quemadme, soldados! Yo no quiero ver mi amor de mi vida y de mi alma devorado por las llamas! ¿Mi amor devorado por las llamas? ¡No! ¡No! ¡Quemadme á mí la primera!

A la fuerza fué arrancada de los brazos

del indio y conducida sin sentido á su casa.

Diez días después era enviada á España en un galeón de indios esclavos que debía hacer parada en La Española.

X

Ataque á la encomienda de la Zapoara.

Si espantosa fué la prueba por que tuvo que pasar Ocampo, fatal y negra fué la que tocó á Monsalve.

Más numerosas, más aguerridas, mejor conocedoras de su centro de acción que las de Paramaiboa, las tropas de Pariaguán emprendieron el ataque de los reales españoles de Zapoara (1).

Desde las cinco de la tarde las masas indias estuvieron lanzando una nube de

(1) Hoy es conocido este sitio con el nombre de El Chaparro, en el Estado Anzoátegui, de Venezuela. Cuenta cinco mil habitantes.—*(Nota de la presente edición.)*

dardos sobre las pueblas: eran poco más de tres mil flecheros.

Aquella noche llegaron á intentar seis veces el asalto de los atrincheramientos y parapetos.

Los fogonazos de los arcabuces y de la mosquetería antes bien les indicaban el abrigo de los nuestros, lejos de intimidarlos.

El indio ya durante veinte años soportando la agresión del fuego, comenzaba á habituarse á él: ya no le causaba el espanto de los primeros tiempos.

A los tres días de reñidísima lucha, que al fin se hizo cuerpo á cuerpo, entró Pariaguán con el grueso de sus tropas en las pueblas de la Zapoara.

Todos los sobrevivientes fueron asesinados.

Monsalve, pocos momentos antes de entrar los indios vencedores, se atravesó las sienes con la espada.

Su cuerpo fué despedazado por la chusma de salvajes.

El alguacil mayor, que se había ocultado en una cueva con el propósito de salvarse, fué delatado por una de sus barraganas, conducido al lugar del sacrificio.

Zorrillo cargó su cabeza como un trofeo en la punta de una lanza, y corría con ella por las calles incendiadas, pintada en el rostro una alegría siniestra.

Al fin pudo dar rienda suelta á aquel odio tanto tiempo reprimido, que vivía en alma salvaje como un leopardo encadenado.

Dos meses después fué desalojado Pariaguán por fuerzas numerosas y bien provistas de artillería y caballos, organizadas por Ocampo y Castellón.

En esta batalla quedaron, tanto Pariaguán como Paramaiboa, totalmente destruídos; apenas pudieron salvarse ellos,

tomando lo espeso de las selvas seguidos de pequeños grupos.

Así quedó de modo perdurable sentado el poderío de España sobre lo que es la hermosa extensión del Reino de Nueva Andalucía.

Venus, la del Milo, nació hermosa y blanca del seno amargo del mar... ¡La Nueva Andalucía, no menos hermosa, nació en un mar de sangre!

GUAICAIPURO

(EL ÚLTIMO HOMBRE LIBRE DE LAS SELVAS DEL MAR OCÉANO)

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS POR EL

ABATE JEAN MOULIN

VERSIÓN CASTELLANA DEL

MAESTRE JUAN DE OCAMPO

EN 1601

ADVERTENCIA

Siguiendo el plan que nos hemos trazado respecto á la Biblioteca Americana de Historia colonial, *presentamos hoy uno de los períodos más interesantes de la Historia pre-boliviana de Sur-América: las luchas de Guaicaipuro, «el último hombre libre», como se llamaba á sí mismo.*

Pertenece el manuscrito, hasta ahora inédito, al ARCHIVO NACIONAL, Orden de Santiago, legajo Chiriboga, *núm. 2.347.*

Editorial-América.

Singulas horas, singulas vitas puta.

SÉNECA.

I

Aspecto general del país.—Cordilleras.—No era hijo de caciques.—De cómo llego á ser señor y árbitro de los destinos de toda la Nación Teque.—Sus simpatías por los Araguas, feroces enemigos de su país.—Los Acariguas, los Caracas y los Cancaguas.—Alianza con los Cumanagotos.

Me he impuesto la diligencia de traducir el libro de historia compuesto por el abate Moulin, por la misma razón que me asistió cuando emprendí la de la *Guerra de Jugurta,* que tan sabia como adornada y discretamente compuso el padre Luis de la Palma en ocasión memorable. Yo, que estoy siempre estudiando los idiomas extraños, veo con peregrino deleite el esfuerzo que hacen otros por nuestras cosas: el francés no se da punto de reposo

en condenar nuestros desaciertos en la conquista del Nuevo Orbe; pero tampoco niega lo mucho que vale nuestra pujanza. El padre de la Palma, castellano y cristiano viejo, vela por la Patria y discurre en un latín saturado de perfume y de encanto.

De ahí que yo dijese en el prólogo de mi traducción castellana que me temía, y mucho, empañar la belleza de tan puro y claro cristal.

En este texto francés hay muchas cosas que merecen la mayor alabanza: mayormente la gran sutileza del historiador y su mucha malicia y discreción al ahondar en la vida del Cacique, que fué nuestro opositor aguerrido, impetuoso, potente, en las ínsulas del Mar del Norte y gran parte del enjambre de islas que pueblan aquellas verdes y agitadas aguas.

Y sube de punto lo laborioso de estas diligencias si se tiene en cuenta que en el

personaje historiado no contó con documentos, ni con muestras subterráneas ni con monumentos, sino que sólo se facilitaban las tradiciones, los consejos, los recuerdos y grandes hechos, transmitidos de generación en generación.

En tan deleznable base, á fuerza de mucho razonamiento y mucho pensar, edificó el sabio su obra. Son tan atinadas y tan discretas sus deducciones, que la figura del héroe se destaca en el lienzo con hermosos y puros colores, y en toda su maravillosa prepotencia de guerrero y de patriota.

Defendió su territorio hasta quedar sin vida, de cara al cielo, que vió impasiblemente sus arrebatos de soberbia, y sus horas de jadeo y fatiga después de la pelea; y á la hora fatal del último arresto, ya sucumbiendo bajo el acero de la raza vencedora, tuvo palabras llenas de homérica angustia, de cólera sobrenatural para

arrojarnos su coraje á la cara, aquel su coraje tremendo, como un guante de púrpura.

Moulin sitúa el nacimiento de Guaicaipuro en 1530, de suerte que cuando se efectuaron sus guerras contra nuestras armas sólo contaba veintiocho años.

He aquí el casco de la obra del sabio abate:

GUAICAIPURO

Llegándose á las costas del Mar Océano, corriendo unos miles de toesas al Sur del enjambre de islas que se hallan dispersas en el Norte, álzanse grandes montañas: en la propia ribera, unas escarpas y unos cerrajones rojizos (1), en un flanco de más

(1) Se trata de la costa de La Guaira y la serranía denominada Ávila, en aquella latitud y Silla de Caracas, más adelante, siguiendo la prolongación de la cordillera. La ciudad de Caracas, capital de Venezuela.—*(Nota de la presente edición.)*

de cincuenta leguas; hacia el naciente se va desarrollando la cadena de la serranía, reverdeciendo gradualmente, hasta que en la Península del Paria, ó Golfo Triste, que antes lleva el de Golfo de Cariaco ó Casanay, como lo llaman los indios, llega á una opulencia de vegetación y fragancia no superada por tierra alguna, ni en África, ni en Asia, ni en el resto de las Indias.

En las playas ó desembarcadero la vegetación es pobrísima (1); pero salvada la férrea vértebra de la cordillera, llegando á la cúspide, se divisa la amplia y hermosa extensión de un valle como de quince leguas á la redonda, que por el Norte se insinúa hacia otras cordilleras montañosas que forman parte de la vasta prolongación de cadenas de todo el sistema del Ecuador; y por el Sur hacia otros valles no menos florecientes y ricos que hacen que

(1) Se refiere á los parajes hacia donde está situado h oy el puerto de La Guaira.—*(Nota de la presente edición.)*

el de los Caracas sea el primero de una serie de suaves y hermosos declives cubiertos de espesa vegetación.

Muchos ríos, espesa red de riachuelos, blanquecinos manantiales, palmeras, colinas, pencales y manchones ruidosos de juncos y espadañas.

Tiene partes de ciénagas, de pantanos donde la naturaleza es un tanto enfermiza; pero en general, todo el ámbito de esta inmensa Arcadia es el más saludable y hermoso.

En el propio valle de los Caracas estaba asentada la tribu de los *Teques,* nación numerosísima que reconocía por cacique á *Cachute,* vástago de la dinastía de caciques del mismo nombre que impusieron su poderío desde el siglo XIV, domeñando á los Teques y mezclándose con ellos, formando á la larga una sola nación.

La fusión de estas dos razas trajo al cabo el cese de rencores entre los dos

elementos extraños: al fin quedó un solo núcleo de la tribu vencedora y la vencida.

Pero ya para el año 50 del siglo xv renacieron estos resquemores entre *Teques* y *Cachutes*, ó Catuches.

Hubo un levantamiento general en todo el litoral oriental: los Teques llegaron á ver en sus filas más de cuarenta mil plazas, sumando los *Cumanagotos* y los *Araguas*, que estaban á su favor, en tanto que las tribus contrarias no eran menos.

Combates reñidísimos, encuentros, escaramuzas, hasta verdaderas batallas campales que estuvieron ensangrentando el territorio por más de cuarenta años.

Al cabo la nación *teque* alzó la bandera victoriosa: sus legionarios llegaron á cruzar impávidos todo el inmenso territorio sin que nada contuviera su avance; en muchas de sus campañas á través de los espesísimos bosques que pueblan todo el país, se llegaron muchas veces hasta las

cadenas del Ecuador y hasta la cuenca de los grandes ríos (1), ocupadas por los *Caribes,* los *Guyanas,* los *Guaiqueríes,* los *Achaguas* y los *Caroníes.*

Mas estas guerras entre hombres de una misma raza fué precisamente su propia desventura. Más tarde les tocó unirse estrechamente para defender el patrimonio común contra los galeotes españoles, y se encontraron debilitados; el invasor los venció de modo relativamente fácil: lucharon homéricamente, es cierto; pero su sacrificio fué vano: tuvieron que doblar la soberbia cabeza enmelenada y altiva, sí, pero inevitablemente vencida.

Ahora bien: muerto el cacique principal en una batida salvaje, y muertos también todos los príncipes de la sangre, á los *Te-*

(1) Estos grandes ríos deben de ser el Orinoco, el Apure, el Meta, el Araceca, el Vichada, el Río Negro y el Amazonas.—*(Nota de la presente edición.)*

ques y á los *Caracas* no les quedó otro recurso que romper su tradición de siglos en el trono ó privilegio de una sola familia.

Y como en la numerosa cohorte de guerreros había uno joven, de ánimo despierto, arrebatado, resuelto y de un denuedo á toda prueba, que sobresalía el mejor, los ejércitos en masa lo eligieron por jefe supremo.

Fué muy feliz este arranque instintivo de la masa; el jefe supremo coronó la obra de la reconquista é impuso el yugo *caracas* y *teque* sobre el resto de la nación.

Regresó á su valle nativo cargado de gloria y entre las bendiciones de todos.

Mas un cacique de los viejos, y perteneciente á una tribu local, los *Maracayes*, pretendió sojuzgar al cacique, argumentando su nacimiento de casta reinante.

Se produjeron dos partidos: uno, que favorecía á *Guaicaipuro*, que era el joven

caudillo victorioso; otro que, apegado de las tradiciones, se inclinaba al antiguo cacique de los *Maracayes*.

Después de muchas disputas entre altos funcionarios y generales, se resolvió que aquel negocio fuese ventilado por medio de las armas.

Como el cacique de los *Maracayes* era anciano y no podía batirse en singular combate con *Guaicaipuro*, que apenas contaba veinte años, se dispuso que el hijo mayor de este cacique se batiera por éste.

El combate se efectuó en la planicie de los Güeres, y después de dos horas largas de brega, en que ambos adversarios pusieron un ardimiento y una ferocidad de leones, quedó vencedor *Guaicaipuro*. Sobre el cadáver de su enemigo, que expiró al recibir un chuzazo de macana en el pecho, se paró altivamente.

Guaicaipuro no quedó menos tortura-

do: terribles dentelladas habían rasgado su cuerpo; el rostro, el costado, los brazos, los muslos, el vientre, la espalda, no tenía sitio donde la fiereza de su contendor no hubiese puesto la garra, los dientes, el puño: quedó vencedor, pero crucificado, sucio de sangre y del fango de la tierra en donde se había refregado con su adversario en desesperada brega.

Guaicaipuro fué proclamado rey de los *Teques* y los *Caracas,* con soberanía sobre los *Aragua,* los *Maracayes* y los *Cumanagotos.*

Y ya se comprenderá que siendo soberano de tan poderosos pueblos, lo era también de cuantas naciones hubiesen sido vencidas por aquéllos.

De este modo quedó completamente domeñada la nación *Aragua,* que durante siglos estuvo profundamente separada de los *Teques,* sus antiguos aliados, pero que revueltas y diferencias intestinas

habían exacerbado mucho; fué necesaria la defensa común para que pudieran unirse con los *Teques*.

Ahora el advenimiento de un príncipe de raza aragüeña los colocaba en unión perfecta. *Guaicaipuro,* no obstante su ardor patriótico, había sentido siempre simpatías por las tribus del *Aragua:* recordaba, entre otras cosas, «que la madrecita que lo había parido y le había dado su leche» era, aunque de madre *teque*, de padre *aragua*.

Así, pues, quedó el vasto imperio de los Caracas y los Teques definitivamente constituído.

Ya no lo disgregaría nadie: bajo la férrea dominación del conquistador español, morirían juntas, pero no serían vencidas, las dos tribus arrogantes y fuertes.

II

Casamiento de Guaicaipuro.—Elección de barraganas.—Arranque caballeresco instintivo: "Para barraganas, ¡con una que tengo me basta!"

Una vez que el indio estuvo en posesión de la corona de la Gran Nación, se pensó en darle esposas conforme á las costumbres tradicionales indígenas.

Los sacerdotes ó augures habían separado unas doscientas entre las más hermosas vírgenes del imperio para que el Sumo Pontífice escogiese las que habían de servir al tálamo real.

Pero *Guaicaipuro* salió con lo que salía siempre: con lo inesperado.

Todo en él era así, extraño, diferente,

fuera de lo común; el arranque genial circundaba su espíritu como esa aureola que rodea la frente de los santos: todo en lo humano y en la humana flaqueza; pero encima, siempre marcando un tremendo vértice.

Guaicaipuro rechazó aquella oferta halagadora que hubiera sido lo sublime para los mayores príncipes cristianos: el deleite, el deleite, el deleite de los brutos, que desde el paraíso terrenal y la manzana bíblica parece ser la suprema aspiración del hombre, como si la serpiente se hubiese metido en su alma en aquella abrumante ocasión para no resurgir jamás.

—¡No, no quiero!—murmuró—. ¡No quiero! Para barragana, ¡con la que tengo me basta!

Le bastaba con su barragana. Aquella que á los diez y siete años obtuvo por el afecto y el cariño, encontrados sus ojos con los de ella, como en una égloga que

no terminaría sino como terminan todas las cosas de la vida: ¡con la muerte!

Y él llevó al trono de los Teques, de los Araguas y de los Cumanagotos á *Urquía*, la suya, la de los ojos negros y grandes, que se clavaron una vez en su alma para no ser jamás arrancados de ahí.

Ese fué su mandato primero: «¡Llevaos las barraganas! ¡La mía vale por todas!»

Prohibió que se hablara más del asunto. ¡La pena de muerte, como un cuervo agorero, se cernía sobre la vida del que se dignase nombrar á *Urquía* en lo que no tocase á cuestiones del reino, aparte de toda mención al hecho de haberla elegido con derecho ó no!

Y lejos de enojarse con él, los principales señores se quedaron sorprendidos de tal desprendimiento.

Era que en el indio *Guaicaipuro* se esbozaba la tremenda figura del hombre que más tarde debía llenar de espanto y de

pavor á las temibles hordas conquistadoras, con su arrojo y su valor indomable.

Por eso los filósofos griegos presumían que la gloria, como hija del cielo, y como lo más grande que posa su planta sobre la tierra, no podía tener trono mejor ni más superbo que aquel que reposa sobre la sana moral del hogar doméstico: hombre pequeño en su hogar, pequeño será en todos los actos de la vida; grande en el hogar, grande será en todo el orbe mundo.

Y los filósofos griegos fueron muy grandes en este hermoso asunto: con eso demostraban que estaban muy por encima del nivel de los otros mortales.

Séneca decía, rivalizando con los griegos: Vivir una vida nueva y sana, por la vida fecunda que bulle en nuestro cuerpo.

Y así es que los hijos y los nietos son la eterna vida nueva que se prolonga de generación en generación.

De suerte que merced á todos estos sutiles razonamientos, era *Guaicaipuro* un iluminado del ente humano: sano en el hogar y grande como hombre de la pública curiosidad.

De ahí puede deducirse que la raza que logre formar España del amasijo con el elemento indio, acaso pueda ser su salvación en el mañana.

La nueva raza reserva grandes sorpresas para el porvenir (1).

---

(1) Sabio como nadie, iluminado y adivino fué el abate Moulin; quien observe el movimiento actual de la América hispana con sus urbes fastuosas, su civilización, su riqueza, comprenderá que España hizo obra magna no desdeñando mezclar su sangre con la sangre india.—*(Nota de la presente edición.)*

III

El grito de alarma.—Tropas españolas en el golfo de los Güirias (Paria).

Salvados los primeros obstáculos de todo reino ó gobierno que se establece, *Guaicaipuro*, una vez sentado su poder sobre la base del orden, tal como lo pedía su temperamento intensamente grave y reflexivo, se dió á pensar en las posibles ó futuras contingencias que pudiesen ocurrir á su gobierno. Mandó comisionados, estableció organizaciones que vigilasen las tribus enemigas, ó mejor dicho, vencidas, en que pudiese subsistir algún resto de rencor por los recientes descalabros.

Su malicia era tan viva y tan razonada como su clara visión de las cosas.

Era aquel un recio vástago de la brava raza.

De haber nacido bárbaro antiguo, hubiese sido Espartaco; de haber nacido griego, hubiese sido Pericles; de haber nacido moderno en Europa, hubiese sido tan grande como Carlos de Gante ó como el grande Maximiliano.

Ya sabéis lo que fué Muley-Amz entre la burda corteza del pescadero: dominó reinos, puso en inquietas aprensiones al soberbio y poderoso trono del gran Felipe.

Se nace oruga y se llega á sol por las leyes misteriosas de la Naturaleza.

¡Id á preguntarle á Dios el porqué de sus mandatos!

Pero cuando el indio se proponía á dar una organización potentísima á sus Estados, que á haber alcanzado los siglos que

alcanzaron los de la corona de Mothecuzoma, hubiesen rivalizado con aquélla en poderío y en grandeza, se presentó la alarma de los invasores españoles.

Los caciques vencidos del Extremo Oriental, poseídos de pavor, buscaron el abrigo de los vencedores: los Teques.

Ellos creían que aquellas tribus vencedoras eran invencibles, y que no habría poder alguno en la tierra que pudiese dominarlas.

Se guarecieron bajo el ala *teque,* que ellos consideraban el ala del águila soberbia que se cierne sobre las cúspides y que todo lo amedrenta y lo domina.

Así, pues, una buena mañana tuvo *Guaicaipuro* el anuncio de dos embajadores de la nación *Güiría.*

Los recibió en seguida, bajo su dosel imperioso y al propio tiempo heroico. Portaban un mensaje, que el embajador dió verbalmente de esta manera:

«¡Ah, grandísimo señor de los Teques, los Araguas y los Cumanagotos!

¡Algo nos dice el corazón, cuando se ha estremecido de espanto!

En nuestras tierras hemos visto unas chusmas de gente nunca vista; gentes que llevan en la cara una color como de las nubes ligeras de la mañana, y toda manchada de cabellos espesos. Están cubiertos sus cuerpos por una piel tejida tan sólida, que no le penetran los más duros y agudos dardos.

Si tú, señor grande y poderoso, no metes tu mano por estas naciones, serán arrebatadas por fuerzas desconocidas, quizás sobrehumanas, y vuestros inmensos estados acaso se vean, á la larga, amenazados.

¡Tened compasión de nosotros, vuestros tributarios! ¡Ojalá la divinidad, que fortalece nuestros nervios y nuestro ánimo, te dé la fuerza que siempre te ha dado para defenderte y defendernos!»

Tal era el mensaje enviado por uno de los más poderosos reyes de la región.

Aludía á la primera expedición de Alvarado, cuando un fuerte destacamento de tropas españolas tomó tierra, enarbolando pendones y estandartes, haciendo descargas de arcabuces y pedreros.

Guaicaipuro, por el momento, no pudo discernir qué clase de peligro era el que amenazaba. Pero sí le daba muchos pensares y meditaciones aquello de que una nación poderosa y su encarnizada enemiga se mostrase así, de pleno, irremediablemente medrosa.

¿Sería un lazo, una intriga para traicionarlo? ¿Una celada de los *Güirías?* No halló qué solución dar á todo aquello.

Resolvió despachar los embajadores con la promesa de que ante el peligro cierto de extrañas gentes estaría él, *Guaicaipuro,* con todas sus fuerzas en apoyo

de los Güirías y de todas las tribus lejanas para defenderlas y ampararlas.

Pero al día siguiente envió á llamar al cacique de los Macutos y al rey y señor de los Cumanagotos.

La comisión de señores y altos dignatarios enviados por el Sumo Pontífice partió á llenar rápida y eficazmente su cometido; pero tuvo que volverse: en el camino, mucho antes de llegar á la altura de Macarapana, ó paraje de los Catias, encontró otra comisión que, á su vez, avanzaba aceleradamente hacia la corte de *Guaicaipuro*.

En las costas de Macarapana y de Macuto también habían irrumpido las extrañas cohortes. El caso que denunciaban los *Cumanagotos* y los *Macutos* era idéntico al de los Güirías.

IV

El árbol divisa del guerrero indio.—Dase cuenta Guaicaipuro del peligro que amenaza á sus reinos.—Salida de los embajadores para los distintos Estados colindantes con el Teque.

Era en la primavera del año de 1570, ó lo que viene á ser, en Mayo, que es cuando se manifiesta el germen en aquellas partes, vale decir, con más pujanza, que ahí la primavera es en todo tiempo: el árbol se mantiene verde y lozano siempre; pero en Mayo hay una millarada de ellos que florece con los más encendidos colores.

Principalmente uno que llaman los naturales *bucare,* árbol de atrevidísima altura, que, á más de lucir sus flores, que son

de la encendida tinta de la grana, produce un huesecillo de la misma color, entre unos estuches grises que, al secarse, se desgranan, quedando el suelo bajo las copas de aquellos árboles como regado de los más primorosos rubíes.

Las mujeres ensartan estas cuentas rojas á manera de collares, y se adornan con ellas los brazos, las muñecas, los pechos.

Como son unos frutos tan consistentes y sólidos, duran mucho tiempo sin empobrecer su color ni grietarse.

El estandarte de los *Teques*, y que Losada regaló años después al Duque del Milanesado, era precioso.

El Duque, más tarde, hizo gracia de él á Su Majestad el Rey de Francia al contraer matrimonio con una infanta de Castilla que le llevó en dote una gran porción del territorio español (1).

En efecto, prenda de reyes y príncipes

(1) ¿El Rosellón?—*(Nota de la presente edición.)*

era la tal joya, porque constituía de por sí una maravilla. Era una asta larga, como de diez y seis á diez y ocho palmos, primorosamente trabajada á mano, sirviéndose de cuchillas y punzones de piedra de Silex, á manera de buriles ó cinceles.

En el asta iban grabados los rostros de Guaicaipuro y su mujer, entre orlas de piedrecillas azules y negras, con arabescos de otros sólidos frutos vegetales de gran consistencia y tono colorido.

A manera de bandas, colgábanle gruesos cordones formados de fibras vegetales, también teñidas de tonos rojos y jaldes, y recamadas de cuentas de bucare, sólidamente atados al alma de la cuerda, hallándose cuidadosamente horadados.

Hacia la punta arriba una roseta encarnada con fibras amarillas, rojas, azules, á manera de fluecos, una roseta algo prolongada hacia su extremo, que más podía pa-

recer una venera de las que se usan para decorar los blasones.

Y superpuesta á ésta un soberbio abanico de los más preciosos plumajes, desplegado y produciendo centelleos de tornasoles al ponerse en contacto con la luz.

Esta especie de abanico llevaba en el medio, á manera de varillaje, un rodete gris formado por una piel de onza que recubría un armadijo de fuertes bejucos, secos y curados, como para hacerlos duraderos.

La vena de las plumas iba salteada de huesecillos de bucare y las chispas de nácar del que producen las conchas marinas.

En torno del abanico muchos adornos de cadenetas de cerda vegetal abigarrada, cordones, lazos caprichosos, vueltas y nudos.

Poner este estandarte donde le diese la luz del sol, era de verlo resplandecer con mil primorosos centelleos entre los

más vivos tornasoles y temblorosidades luminosas que se apagaban ó se encendían según los vaivenes del reflejo.

Cuentan que uno de los caudillos principales de *Guaicaipuro* tomado prisionero después de la batalla de *Macarapana* era conducido al campamento español.

Parecía ir resignado, según su talante al marchar, y, en efecto, hasta sonrió un poco cuando empezaron los españoles á decirle por medio de intérpretes que ellos no le harían daño si se tornaba dócil para con su causa.

Pero, á la sazón, se presentó un pelotón de soldados. Uno de ellos traía el pendón indio en la diestra, en tanto que en los semblantes de todos se reflejaba el júbilo de la victoria.

El caudillo cautivo se puso muy pálido. Cerró los puños, rechinó los dientes, se puso á bufar, á jadear como bestia acorra-

lada, en tanto que un resplandor de cólera le arrasaba los ojos.

Dió un alarido terrible, y en un salto de fiera se precipitó sobre el soldado que retenía la enseña y se la arrancó brutalmente.

Se asió á ella como con ánimo de no soltarla jamás. Los soldados quisieron precipitarse sobre él y matarle; pero la espada del capitán Nemesio Delgado se interpuso.

—Dejadle, hijos míos—exclamó—; es que, transido de dolor al ver su patria humillada, el delirio lo ha conducido á una locura suicida. Dejadlo que la retenga en sus brazos hasta que él quiera.

Entonces hicieron comprender al cautivo que podía quedarse con la enseña ó estandarte hasta que le placiese, que ellos no tenían mayor empeño en retenerla.

Y el indio se abrazaba á aquel madero pintoresco, adornado de resplandecientes

plumajes, como un sacerdote que está cumpliendo con su sagrado rito.

Aquella acción memorable del ímpetu arrogante del indio y la actitud noble, caballerosa y leonina del conquistador se conserva de generación en generación como un recuerdo glorioso de la historia del nuevo orbe.

Ambos hombres, de distintas condiciones, raza y costumbres, identificados en un alto orgullo de patria, se irguieron en sí mismos sobre el nivel común.

Mas volviendo á las inquietudes de *Guaicaipuro*. Después de forzadas diligencias, ya por medio de viajes, ya por sus agentes ó secuaces en todo el país, se dió cuenta exacta de lo que le amenazaba.

No tenía precisamente cabal idea de la ocurrencia; pero su amplio y despejado instinto, su temperamento discursivo y creador, le completaban en el entendimiento lo que aquello podría ser.

Pasaba noches enteras cavilando. Puesta la mano en la mejilla, los párpados bajos, se estaba largas horas como en un sueño.

En vano trataba la buena esposa de llevarlo por la ruta de las consolaciones. Él permanecía mudo, hosco, como si sintiese una pena muy honda, tan honda como el arcano de las más negras tristezas.

La joven creía que pasando su pequeña y morena mano por aquella frente de león, toda crinada y áspera por la intemperie de los combates y por la fiereza de las breñas indomables del país venezolano (1), podría serenar las tormentas que la agitaban tempestuosamente.

En el ánimo de *Guaicaipuro,* en efecto, pasaba una crisis sombría.

Por una parte, los escozores por la pa-

---

(1) El autor había puesto *peruano,* por la idea existente en aquel tiempo de que todo Sur-América era virreinato del Perú.—*(Nota de la presente edición.)*

tria amenazada; luego, la misteriosa incógnita.

¿Qué legiones eran aquéllas? ¿De dónde venían? ¿Qué eran, cuando el solo mirarlas hacía temblar de pavor á los más aguerridos legionarios de las Indias?

¿Eran seres sobrenaturales?

¿Serían vengadores penates que venían á castigar á la raza india por la copiosa sangre derramada inútilmente?

Y aquella serie de reflexiones abrumaban el espíritu al denodado emperador de los *Teques*.

Mas las agravantes crecieron. Una mañana se presentaron dos enviados de los *Cumanagotos*.

Un fuerte cuerpo de tropas extranjeras desembarcó por la costa de los *Macutos*, y después de arrollar cuanto encontró á su paso, se posesionó de la ribera en una gran extensión. Dióse á construir viviendas y una multitud de parapetos, socavo-

nes, trincheras, como para resistir cualquier ataque de los naturales.

Desde aquel momento no se dió punto de reposo *Guaicaipuro*. Envió comisionados especiales á los Naiguatá, Uripatí, Guaicamacutos, Acariguas, Guáricos, Maimacuris, Chacaos, Barutas, Querequemares y Güeres.

Inflamadas de entusiasmo y ardimiento bélico las palabras de *Guaicaipuro*, cayeron encendidas en los corazones de los comisionados: aquella especie de proclama á toda la nación india debía producir en breve sus terribles efectos.

«—Decidles—exclamaba *Guaicaipuro*, dando órdenes á los enviados—que esta vez la desventura que pesa sobre nuestra tierra es como el huracán ó la nube que pasa asolándolo todo. Tenemos que hacer un esfuerzo más grande de cuantos hemos hecho en otro tiempo; tenemos que resistir un enemigo desconocido, mis-

terioso, pero terrible, abrumante. Tal vez sea que nuestros dioses quieren probarnos, á ver si, en efecto, es animoso nuestro brazo. Debemos unirnos todos, todos, hasta los que ayer fuimos feroces y encarnizados enemigos, para que nuestros penates no sean profanados; para que nuestra tierra no sea humillada; para que nuestras esposas, nuestras hijas, no sean escarnecidas y violadas.

Decidles que no hay que tomar esta desventura como cosa que vuela y pasa.

Decidles que ya tengo el corazón transido de furor y de tristeza, porque veo nuestra nación amenazada; que una voz misteriosa, acaso la voz de mi madre, que resucita en mi corazón á esas horas en que todo llora en nosotros; una voz que yo no puedo expresar, me dice que sobre nuestra cuna y hogar agita sus alas negras el ave agorera de la desgracia.»

Y en efecto, las inflamadas exhortacio-

nes de *Guaicaipuro* iban á resonar en los corazones indígenas como un redoble de tambores bélicos.

Grandes masas de hombres acudían al campamento ya señalado por *Guaicaipuro;* parecía que la tierra se desgarraba las entrañas en un alumbramiento de hombres armados.

V

Pintoresca reconcentración de tropas.—La esposa del gran cacique.—Mantenimientos.—¡Venían de muy lejos!—¡Eran los mismos!

Pocos días después del terrible anuncio, no obstante su tremenda significación, *Guaicaipuro* sintió una suave leticia en su ánimo.

Fijó como punto de concentración un hermoso valle situado á la falda de la gran cordillera del valle de los Caracas (1). A la llegada de los primeros ejércitos, *Guaicaipuro* en persona marchó á verlos.

En cuanto vió aquellos legionarios, un

---

(1) La gran cordillera es el final de los Andes venezolanos. Hoy se le conoce con el nombre de serranía del Ávila.—*(Nota de la presente edición.)*

júbilo inmenso inundó su espíritu. No estaba solo con los suyos. Los más encarnizados enemigos de su trono formaban con él para defender el imperio teque y la inmensa nación dominada por aquéllos.

Venían de muy lejos los legionarios aliados. De muy lejos.

Por lo atezado de la melena, un tanto rojiza, conoció los de las praderas de los grandes ríos, hombres que llevaban un penacho de plumas de garza en la frente que les caían ondeantes, mezclándose con los espesos cabellos; conoció los Achaguas, grandes, nervudos y fuertes, que llevaban sobre sí una piel de tigre á manera de manto; conoció los *Caucaguas*, pequeños, menudos y ágiles, que reconocían por cacique á *Chacao*, el de los arrestos irresistibles en las guerras pasadas; los *Acariguas*, reposados y tardos en el andar, pero que llevaban á la espalda el carcaj repleto de dardos envenenados y dos arcos de

guaica; ¡venían de muy lejos! Eran los mismos de las pasadas guerras.

Antes combatieron con ellos los terribles y numerosos Teques y Araguas: ahora venían como hermanos á batirse con los misteriosos aparecidos que todo lo arrollaban y lo diezmaban, ya por su arrojo temerario, ya por sus armas mortíferas, cuya eficacia iba lejos y destruía legiones enteras.

Eran los mismos, sí; los mismos que desbarataran sus aguerridos tercios en más de una batida salvaje de la selva ó de la pampa.

Guaicaipuro estaba vivamente interesado contemplando la llegada de las numerosas huestes indias.

Pero fué muy grande su sorpresa cuando vió venir en un palanquín, cargado sobre los hombros de dos indios motilones, á su esposa, la hermosa Urquía; ¡ella no pudo resignarse á permanecer en el bohío teque sintiendo pasar las horas,

mano sobre mano, cuando el compañero adorado andaba en fatigas y angustias por la patria y por ella y por sus hijos!

—¿Para qué habéis venido?

—Para estar á tu lado.

—Yo no te reclamo á ti.

—Pero yo, sí.

El impetuoso guerrero, rey y señor, oprimió contra su corazón aquellos pedazos de su alma: ¡su mujer, sus hijos!

De ahí en adelante Urquía andaba siempre en torno suyo con los dos niños príncipes, que tenían seis años el uno y tres años el otro. Seguíanles dos mujeres del servicio del hogar y una de corte.

¡Cosa preciosa en los bárbaros el dulce y sosegado amor de la prole y del hogar! Si no fuese por este amor, ¿cómo andaría á estas horas la Humanidad?

La hermosa Urquía puso una nota de suave ternura en la aspereza expiatoria de aquellas tremendas guerras.

Al lado de aquel indio cerril, de crinada cabeza, adornada por un penacho de plumas soberbias y lucientes, era como la noble belleza de una estrella que asoma por el boquete de una nube tormentosa.

En unos grandes caneyes, construídos en un día y una noche por la multitud guerrera, se acumulaban los bastimentos.

Jamás pueblo alguno contó con más abundantes riquezas. Enormes montones de carne de ciervo ahumada, de pavo, de aves, de bestias selváticas.

Cargamento inmenso de legumbres, pieles de abrigo, de defensa, flechas de repuesto.

Aquellos arsenales eran inmensos. Medían lo menos media legua de extensión.

En la mente de Guaicaipuro ya se esbozaba el vasto plan de la batalla que daría principio y fin de la campaña, para echar lejos del territorio indio á los inesperados extranjeros.

¡Si todas las cosas que piensan las nobles almas tuvieran un corolario digno del alto pensamiento que las inspiró!

Se preparaba, pues, la arremetida de la raza obscura contra la blanca raza invasora. El choque iba á ser terrible; pero de ahí saldría el interrogante al futuro.

¿Quién había de dominar? ¿Aquéllos? ¿Estos?

Se preparaba, pues, la gran batalla.

La suerte estaba echada. Los soldados de Alvarado tenían encima las numerosas huestes de *Guaicaipuro*, y se iba á decidir la suerte del pueblo Teque (1).

---

(1) Los preparativos de esta batalla son, sin duda alguna, los de la célebre batalla de *Macarapana*, magistralmente descrita por el historiador Oviedo, que hace ascender los ejércitos indios á cuarenta mil, y que decidió de un modo definitivo el poderío español en América.—*(Nota de la presente edición.)*

VI

Batalla de *Macarapana*.—Derrota del ejército indio.—Retirada de *Guaicaipuro*.—Su desesperación; su esperanza. El amor tardío de Charúa á Guaicaipuro.—"¡No quiero amor, no quiero mujeres! Soy hombre y... ¡no soy, no valgo nada! Mi patria se muere en mis brazos. ¡Déjame!"

Guaicaipuro lo dispuso todo como el más consumado estratega. Los unos por ahí, los otros por allá, aquél por aquí. A todos, siendo tan numerosos, les dió su puesto y su lugar de ataque.

Hasta los *Yarúas*, tenidos por cobardes, ardían de un santo temor patrio. Estaban prestos al combate. Pero Miranda, que era el jefe superior de Alvarado, destacó á éste á todo lo largo de la ría que entra en el mar por aquel sitio, con

trescientos asturianos arcabuceros, y él, Miranda, se quedó con el resto de las fuerzas, teniendo muy en ánimos resistir la acometida.

Conocía Miranda el punto sensible en la cuestión: la diferencia de las armas; ¿flechas contra pedreros y arcabuces?

Era cuestión de disponer bien las fuerzas, y nada más.

Miranda se mostraba discursivo en extremo.

Ahí precisamente estaba la victoria europea: en las armas; aquellos artefactos de madera no eran, ni con mucho, aparejos para aterrar á nadie.

El guerrero español preparó muy calmuda y concienzudamente su plan. Aquélla era una ocasión como cualquiera otra para acabar de una vez con el enemigo de España en la tierra que ya por derecho de descubrimiento le correspondía.

Treinta días después de comenzar por

una y otra parte los aprestos bélicos, empezaron las huestes indias á desparramarse por laderas, valles, colinas, hacia el mar, rodando por el flanco de la grande y empinada cordillera (1). Eran aquellas huestes, no una multitud, sino un enjambre de hombres armados de arco y carcaj lleno de flechas buídas.

Entre otros historiadores, Valle de Melgar, y siguiendo á éste Bernal Díaz, asientan que tales acontecimientos ocurrían hacia la segunda mitad del año de 1560; otros, que en la primera del 61; pero parécenos más atinado seguir las nunca bien alabadas Memorias del almirante Casanova, que sitúa los sucesos el año 60.

Es lo cierto que los legionarios de la India se iban insinuando numerosa y cautelosamente como con ánimos de arropar,

---

(1) Alude el autor la serranía del Ávila.—*(Nota de la presente edición.)*

circuir, avasallar en el número á las potentes huestes extranjeras.

Al principio, dado su número y la extensión inmensa de terreno que iban ocupando, los soldados españoles sintieron un vago estremecimiento de pánico; pero comprendiéndolo el denodado Pedro Miranda, les dirigió esta arenga:

«Sería vergonzoso que las huestes de la corona del mundo, que es hoy el trono de España, tomaran el reembarco ante un enemigo relativamente débil, por más numeroso que sea, puesto que nuestras armas y nuestro ardimiento lo arrollará todo.

Españoles: ¡No desmintáis nuestro valor en todos los siglos!

Como somos las águilas hispanas, no podemos ser nunca los vencidos.»

Esto restableció en grande manera el ánimo de los españoles; no pasaban de quinientos; las tropas indias alcanzaban

ya un número de más de treinta mil (1); pero ellos llevaban la fe de mil victorias en los cuatro puntos del mundo, y lo que es aún más grande, la fe en el Crucificado. Soportaron serenos, parapetados detrás de sus trincheras, haciendo nutrido fuego de arcabucería y pedreros de grueso calibre.

Las legiones indias se lanzaban en masa; eran barridas por las descargas.

Las balas de piedra de los cañones y los aguzados plomos de los arcabuces hacían un estrago tremendo en las legiones de Guaicaipuro.

Cuando el combate llevaba unas tres horas, alcanzó un encarnizamiento espantoso: los diversos caudillos, comprendiendo el efecto mortal que causaban en sus batallones las armas aportadas á las trincheras, probaron á remediar el mal.

---

(1) El historiador Oviedo hace ascender el número de indios á cuarenta mil.—*(Nota de la presente edición.)*

Se propusieron efectuar un asalto general en todas las posiciones españolas: reducirlos, dominarlos, avasallarlos, y así adueñarse de la situación.

El asalto se efectuó, pero fué una dura lección, un terrible escarmiento: cuando los españoles comprendieron que se les venía encima la gran masa del ejército indio en deseos de tomarle las posiciones, se salieron de sus abrigos armados de hachas, alabardas, jabalinas, espadas, fuertemente protegidos de mallas de acero y escudos en los que se mellaban los dardos indios sin hacerles el menor daño.

Fué aquélla una lucha espantosa cuerpo á cuerpo. Las masas de bárbaros eran segadas expiatoriamente.

Los mataban como un rebaño de corderos. Ellos se lanzaban en masa. Los españoles acudían en filas ordenadas, efectuando movimientos hacia ambos lados,

por derecho, retrocediendo con un perfecto orden militar.

Las huestes asaltadoras, rechazadas primero, derrotadas después, desbandadas y llenas de pavor en la retirada, no pudieron tomar de nuevo sus abrigos de las cumbres.

Muchas fueron destruídas impiadosamente. Otras quedaron prisioneras con sus caudillos, dejando en poder del enemigo armas, pertrechos de saetería, venenos, parapetos, abastecimientos.

El mismo Guaicaipuro tuvo que hacer un prodigio de ímpetu para poder llegar de nuevo á sus atrincheramientos de la cumbre.

La batalla de Macarapana fué perdida por los naturales.

Los pueblos que habían acudido en favor del poder central se retiraron diezmados y cabizbajos.

Llevaban en el ánimo el odio á la raza

aparecida súbitamente; el pánico ante los misteriosos armamentos de que se valían aquellos hombres para combatir.

Guaicaipuro ante tamaño desastre quiso quitarse la vida.

Se consideraba deshonrado; él, acostumbrado á dominarlo todo, á avasallarlo todo... ¿Vencido? ¡No! Mejor era morir, y morir mil veces.

Pero pudo más en su alma la superstición, el ardor religioso: uno de los augures le aseguró que aquello no era otra cosa que una prueba caprichosa de la loca fortuna; que él al cabo impondría su predominio; que tuviese fe en los penates. Que era una gran tristeza que él, la figura inmensa en quien la vasta nación india tenía puestos los ojos, cayese miserablemente como una débil flor que troncha el huracán de las pasiones.

Después de los ardorosos consejos del augur, *Guaicaipuro* quedó de nuevo en su

sombroso abatimiento; pero un rayo de esperanza alumbraba su alma.

El dolor es así: como la fiera con la presa, á veces, por un capricho del hado, abruma la víctima, la avasalla, la estruja, la refriega contra la tierra y al cabo no la devora, sino que la deja, habiéndose saciado con sólo abatirla, y aquélla, una vez libre, torna á escaparse con mayores bríos.

Pero un impensado acontecimiento llamó la atención de *Guaicaipuro*.

La reina de la tribu de los Maturines, cuyos ejércitos favorecieron la retirada de las diezmadas tropas *teques*, solicitó verle antes de emprender el viaje á sus comarcas. Era aquélla la reina de los Maturines porque el gran cacique había muerto. Era ella su hija predilecta, y el gran cacique tuvo el capricho á la hora de la muerte de mandar que ella ocupase el trono maturín, que se casase á su antojo con quien quisiese é hiciese testamento á su sabor en

el que más amase de sus descendientes.

Aquella reina se llamaba Yarúa.

Era alta, bien formada, de espesa cabellera que se le desbordaba ensoberbecida por la espalda como una lóbrega bandera.

Llevaba en la frente un reguero de piedras preciosas, adornadas las orejas, el cuello, los brazos con las más ricas y lucientes galas de sus selvas.

Hasta los pies vestida de un caprichoso tejido de plumas de los más vistosos y alegres colores.

Empenachada la cabeza por un soberbio airón blanco que resplandecía al sol con los más raros y peregrinos tonos de ópalo y nácar.

La reina estaba perdidamente enamorada de *Guaicaipuro*: primero por la fama, luego por la presencia del arrogante príncipe, que en su mente, aun derrotado, lo columbraba ella como dominador del mundo.

La entrevista fué breve. Ella, ante él, no fué la reina, la dominadora, la dueña de las feroces cohortes maturines: fué la hembra vencida, esclavizada.

Le expresó sus sentimientos en las primeras palabras.

Pero fué rechazada.

—¡No, no! ¡No quiero amor, no quiero mujeres! ¡Yo no soy un hombre! Soy un vencido! Mi dignidad varonil está por los suelos. ¿Mujeres? ¿Y mi reino?

Eran aquellas palabras los furores del volcán.

VII

Proyectos de reconstitución del imperio Teque.—Los nuevos planes de Guaicaipuro.—Las quejas de Yarúa.—Mensaje postrero.—Respuesta del cacique.—«¡Sí, te quiero, te quiero, divina! Pero iré á tus brazos cuando tus ejércitos y los míos hayan arrojado de nuestra tierra al enemigo.«

La derrota de Macarapana produjo desastrosos resultados en las huestes indias.

En no pocos legionarios comenzaba ya á tomar cuerpo la superstición de que aquellas cohortes de guerreros blancos eran legiones (como diríamos en Europa) infernales.

Eran vencedores de los invencibles *Teques* y *Caracas,* habían humillado la soberbia de *Guaicaipuro,* aquel cuyas legiones se consideraron hasta entonces como

el poder incontrastable, supremo, irresistible en la tierra.

Guaicaipuro, cuya lucidez y despejo natural le daban grande superioridad sobre todos sus conmilitones, comprendiólo así.

Y junto con las previsiones de reorganizar sus ejércitos, propúsose á reconstituir el abatido espíritu de sus aliados.

«—Decidles—mandaba á sus agentes que debían marchar á entenderse con los otros caciques—que en toda obra hay trabajo. ¡Cuánto nos cuesta derribar un árbol! ¡Cuántas hojas de piedra afilada, viva, gastamos trozándolo, y al fin lo echamos al suelo!

¡Decidles, pues, que la victoria será nuestra al cabo de grandes esfuerzos; pero lo será!»

Así iba el formidable cacique sembrando entre sus aterrados aliados la semilla de la resistencia, que tanta sangre costara á las tropas españolas.

Resistir hasta lo último. Pelearlos adonde se encuentren, ¡acosarlos, herirlos, asaltarlos!

Después que estas sugestiones tomaron cuerpo en el alma del indio, ya no hubo reposo en el campamento español.

Eran asaltados á cada instante. De noche, de día, bajo la tormenta, bajo la lluvia.

No se les daba reposo. El enemigo parecía infatigable. Cuando no era por un lado, era por otro.

Llegaron á perecer muchos, víctimas de la malicia del natural. La cicuta montaraz, de hojas y de frutos venenosos, emponzoñó las aguas que había de beber el español.

Eran asaltados á cada instante, á cada hora, todos los días.

Guaicaipuro se convenció de que su influencia era decisiva.

Diezmándolos lentamente, pero de

modo seguro, cuando él cayese bruscamente sobre los españoles con las tropas que estaba preparando, el resultado acudiría presto.

Entretanto, no se daba punto de reposo.

Concedía muy pocas horas al sueño.

Urquía le daba alientos. Aquellos morenos brazos enlazados á su cuello como una guirnalda de rosas, eran la gracia cálida, suprema, de las más grandes rebeldías.

A la sazón se presentó una nueva manifestación de Yarúa. Un embajador decía que la reina de los Maturines perecía de angustia ante la indiferencia y el desdén del «Divino» príncipe de los Teques.

Y esta vez, ya que no por amor, puesto que su amor le pertenecía íntegro á Urquía, el soberbio *Guaicaipuro* quiso ser diplomático. Le repelía el amor de Yarúa; pero necesitaba de sus ejércitos.

Con gran pompa se dirigió á la nación de los Maturines.

Yarúa se llenó de júbilo, creyendo que él venía á echarse en sus brazos como una suprema bendición en una ansia de emociones carnales.

Pero no fué así. El fiero príncipe, con aquella idea, con aquella obsesión de la patria amenazada, y conociendo como por adivinación la liviandad del corazón humano ante las liviandades de la carne, aprovechó á poner un veto á aquella mujer ardiente, para consagrarla con el mayor ardimiento á su causa.

«—No—murmuró—; no puedo echarme en tus brazos á dormir sobre tus pechos morenos y sabrosos. La patria me condenaría por echarme en los brazos de la dicha, pereciendo ella desgraciada y esclavizada.

»Seré tuyo, divina, tuyo y sólo tuyo; pero cuando tus ejércitos y los míos hayan echado al extranjero de nuestra tierra.»

Dicho esto, se alejó muellemente acos-

tado sobre su palanquín, adornado y fastuoso, que reposaba sobre los hombros de cuatro vigorosos araguas.

Seis días después se dió la batalla de Antímano. El ejército de Guaicaipuro no pudo resistir el ímpetu de los soldados de Fajardo, el amo de las minas del riachuelo del mismo nombre.

En aquellas gargantas, valles, precipicios y surcos profundos quedaron más de dos mil indios muertos ó heridos.

Acudieron aliados de toda la nación india; pero la batida había sido tan hábilmente preparada, que los indígenas no pudieron resistir. Fué un fracaso espantoso aquel choque.

Las cohortes indias se retiraron en el mayor desorden de aquellas cercanías ásperas y abruptas, donde habían dejado lo mejor de sus valientes tercios.

¡Y el ejército de Yarúa se hizo esperar!

VIII

Continúan los reveses de las armas indias.—*Guaicaipuro* se desespera.—"¿Ese era el amor que me tenías?"

Aquella jornada tan desventajosa como ocasionada al espanto y la desconsolación, volvió á sumir á *Guaicaipuro* en el mayor abatimiento; pero esta vez no lo acometió como otras, en que se abismaba con la mirada en el vacío, como si estuviese reflexionando; al llegar al asiento general de la tribu se cubrió el rostro con los espesos cabellos de su Urquía y lloró largo rato.

Luego, como acometido de un ataque de locura, se puso de pie, se le inyectaron

los ojos y comenzó á rugir, á bufar como un condenado.

No podía quitarse de encima aquella maldita sombra, que era la más horrorosa pesadumbre de su espíritu.

Era más que la derrota, era más que todas las desgracias lo que él experimentaba; vale decir, lo lastimado de su orgullo de gran cacique dominador, de ver su país invadido por extraños y no poder echarlos de ahí.

Ya no se sentía superior á los otros caciques. Se creía más bajo que ellos, puesto que aquellas naciones remotas no estaban invadidas y la suya sí. Y él tenía que cruzarse de brazos, contemplar impasiblemente cómo el galeote español iba avanzando, avanzando, conquistando provincias enteras, adueñándose de sus labranzas, gozando de cuantas mujeres encontraba al paso.

Era aquél el peor de los suplicios; pero

cuando se hallaba abrumado por esta desolación vino otra peor á entenebrecerle la vida.

La reina de los Maturines envió embajadores á los españoles diciéndoles que podían contar con sus tropas para la conquista del resto de los estados de *Guaicaipuro*. La hembra desdeñada quería vengarse: como el orgullo de *Guaicaipuro*, así estaba el de ella de lastimado.

La noticia la trajo un cautivo de las huestes aragüeñas que logró escapar del campamento europeo; él los había visto, él presenció cómo doblaban las rodillas ante el jefe galeote, y extendían las manos haciéndole comprender que querían hablarle.

Inmediatamente buscaron el intérprete; la embajada de la reina de los Maturines fué transmitida á Miranda en lengua *Cumanagota*.

Guaicaipuro ordenó se dispusiesen nu-

merosas parejas de indios que fuesen situándose en la ruta que él había de recorrer para ir al Reino Maturín, á fin de que, relevándose, llevaran rápidamente el palanquín que había de conducirle.

La entrevista entre la reina y *Guaicaipuro* fué emocionante.

—¿Y ese era el amor que habías dicho que me tenías?

—El amor que te tenía, sí, que te tenía... porque ahora te odio...

Guaicaipuro se alejó silencioso, cabizbajo, de aquel bohío que á la vera de un bucaral muy alto se erguía como una pagoda indiana.

De ahí en adelante cobró más afecto por su hermosa Urquía.

—No, porque tú sí que me quieres; me quieres porque tus hermosos cabellos humedecidos por mis lágrimas son como la noche cuando está regada de luceros.

Y la inflamada palabra del gran cacique

vibraba como la voz de un soldado griego del tiempo de las Termópilas.

Pocos días después un ejército maturín atacaba por sorpresa y desbarataba un campamento de indios caucaguas.

Era aquél el primer zarpazo de la traición que sufría el hermoso, noble y arrogante corazón indígena.

El amor era culpable. ¡Manzana, manzana maldita! ¡Cuántas fuentes habéis envenenado!

¡Desde Elena, la de Ilión, hasta ahora... y acaso por todos los siglos vaya tu lumbre maldita enrojeciendo las almas!

IX

Las minas de Fajardo y Rodríguez.

Francisco Fajardo, que era entre los jefes españoles uno de los más audaces y emprendedores, luego de alcanzar aquella señalada victoria sobre los Teques, se apersonó de recorrer la mayor extensidad del territorio.

Algunos prisioneros indios, desde la batalla de Macarapana, que conocían ya, casi hasta entenderse bien, el castellano, le habían dado indicios de poder dar muy pronto con cuantiosas minas de oro.

Y no fueron menguadas sus gestiones: Fajardo dió con las minas de oro; y aun con peligro de suscitar los celos de los

otros compañeros, sentó sus reales definitivamente en el territorio Teque.

—Esto—dijo Fajardo á uno de sus conmilitones, aludiendo las minas—, esto no nos lo arrebata nadie. Lo sostendremos hasta lo último. Esto es nuestro.

La codicia, pues, le echó la zarpa á la presa, y ya no la soltaría jamás.

¡Oro! ¡oro! ¡oro!

Ya tenían lo ansiado. ¡Aquello que en la Europa era la suprema felicidad y la tortura suprema!

¡Oro!

Y cierto. El joven hidalgo veronés de la obra sabia de Publio Scévola, hablaba por boca santa, cuando decía á Maese Nicodemus, tratando de comprarle la cicuta para poner fin á sus dolores:

«—Tomad ese oro, más corruptor que todas vuestras cicutas... Vos me dais el veneno de los cuerpos, y yo os doy el veneno de las almas.»

Ni gobernante honrado, ni juez justiciero, ni doncella virtuosa y recatada; el oro no quiere el armiño de la celestial pureza; todo lo quiere corrompido, como es él, como el detritus, como la secreción morbosa que brota de las úlceras.

¡Amarillo, amarillo; lívido, lívido!

Fajardo se dispuso á no salir más de aquellas comarcas que le ofrecían oro. Mucho oro; ya podía contar con él á manos llenas, para codearse con reyes y príncipes en Europa.

Él, por una aspereza de su vivir, y no por sabiduría, tenía en mientes que con dinero se puede ser todo en la tierra: noble, grande, hermoso y feliz.

Tened un maravedí en la bolsa, y seréis todo lo bueno; no lo tengáis, y seréis todo lo malo.

¡Oro!

¡Cuántas cosas buenas proporciona el tenerlo, y cuántas cosas malas no tenerlo!

La suprema sabiduría, la suprema virtud, la suprema filosofía en el mundo depende de tener ó no tener el metal que imita al sol con su tono; pero que así como el sol curte los semblantes y los obscurece, así el oro curte las almas y las pone más obscuras que la piel del labriego que se está todo el día en el campo. El establecimiento de Fajardo tan cerca de sus reales inquietó más y más á *Guaicaipuro*.

Ahora sí que tenía el enemigo encima, á dos leguas.

Las avanzadas españolas y las avanzadas indígenas se veían unas á las otras.

Guaicaipuro se desesperó. Intentó un supremo esfuerzo.

Reunió cuanto pudo de sus diezmadas huestes; pero de nuevo fué rechazado.

Imploró ayuda de los aliados.

No obtuvo contestación. Empezaban á tomarle por un desequilibrado.

¡Cuánta verdad dijo el filósofo griego

en aquello de que locos son todos los infortunados!

La fortuna lo puede todo. Si no contáis con ella... aplanaos, doblad la cerviz bajo el peso de todas las penas.

Todos lo abandonaban. Se desesperaba. ¡Y pobre é iluso rey!

Acaso ignoraba en las sombras de su imaginación que todo en el orden de la Naturaleza es así.

Las golondrinas abandonan el querido alero cuando ya, por lo crudo del invierno, no puede ofrecerles el abrigo que ellas para sus críos necesitan.

A él comenzaban á abandonarlo los aliados porque ya no podía ofrecerles el botín de las victorias.

Y era una razón pura. Nadie se somete á vivir bajo un edificio que se derrumba. El que esto hiciere corre peligro de perecer bajo sus ruinas.

Fajardo, pues, entró con muy buen pie.

Tenía como principal apoyo el pavor, que ya empezaba á apoderarse de las diezmadas huestes del gran cacique.

Esta guerra cruenta, aun á pesar de los continuos asaltos de *Guaicaipuro,* apoyado por los poderosos caciques *Urinare* y *Paramacay,* la sostuvo Fajardo con un ardimiento verdaderamente espartano, durante años. Las minas rendían copiosa ración de oro; pero aún más copiosa era la ración de sangre preciosa é inocente.

Para esa fecha de Marzo de 1567 recibió Fajardo comunicaciones de España, donde se le decía que Diego de Losada, con numerosas tropas españolas, llegaría al territorio Teque y Caracas, procedente del Tocuyo, con objeto de establecer definitivamente la dominación española en todas las naciones del territorio Teque (1).

---

(1) Hoy república de Venezuela.— *(Nota de la presente edición.)*

X

Ponce de León, Losada y otros.—Captura de Guaicaipuro.

Llegado que hubo al Tocuyo el gobernador Pedro Ponce de León, dispuso las fuerzas que debían marchar al valle de los Caracas, y asimismo ordenó que aquéllas fuesen mandadas por Diego de Losada. En los primeros días de Enero de 1567 marchó, pues, Losada, mandando un fuerte cuerpo de tropas españolas, que eran poco más de setecientas plazas, con once baterías de línea ó pedreros, como los llamaban en Flandes, y unos setenta y dos caballos.

Losada tuvo no pocos encuentros con los naturales en toda la vasta extensión

de terreno recorrido; pero donde más tuvo que luchar fué en los Teques. *Guaicaipuro* salióle al paso con más de seis mil combatientes, y se dió una batalla campal casi tan sanguinolenta como la de Macarapana.

He aquí las tropas que formaron como aliadas de Guaicaipuro: Naiguatás, Uripatás, Guaicaimacutos, Acariguas, Araguas, Mamacuris, Aricabacutos, Aramáipures, Chacaos, Barutas, Querequemares, Procopumates, Guaires. El cacique *Catia*, que por propia mano había matado á uno de los más aguerridos conquistadores, pereció allí.

Una piedra redonda de las que arrojaban los cañones pedreros le desgarró el pecho (1).

Después de este serio encuentro marchó Diego de Losada á Caracas, y luego

---

(1) El conquistador español aludido fué Diego García de Paredes.—*(Nota de la presente edición.)*

de tomar todas las medidas de defensa, procedió á echar las bases de la ciudad de Santiago de León de Caracas.

El cacique *Mamacuri*, uno de los más poderosos del vasto imperio de *Guaicaipuro*, después de Yarúa, la reina de los Maturines, fué el primero en prestar obediencia á los españoles.

Establecida la Encomienda de Caracas, basada ya en un aderezo político y administrativo, con jueces, alguaciles, contadores y demás funcionarios que son enjambre de todo gobierno, Losada, que antes que todo sentía la ruda pesadilla de tener á *Guaicaipuro* en las selvas, y con no muy buen talante contra él, resolvió quitárselo de encima de algún modo.

Procedió echándole encima la justicia, declarándolo bandido, como se hace en España con los de la Sierra Morena ó los Montes Cántabros; lo hizo sentenciar y requisar por el tribunal competente.

El proceso versaba por delitos de homicidio, robo, asalto y violación.

Luego libró orden de prisión contra él, y para el efecto mandó á Francisco Infante, uno de sus criados de servicio doméstico—haciéndolo capitán de infantería—, para que llevase á cabo la prisión.

Infante, de mala ó buena gana, partió á dar cima á su cometido, á la cabeza de 180 hombres armados hasta los dientes.

Entre los hombres, haciendo de oficiales de Infante, iban:

Hernando de la Cerda, Francisco Sánchez de Córdoba, Melchor Gallegos, Bartolomé Rodríguez y otros.

Apenas 23 flecheros, únicos que se habían mantenido fieles al cacique, estaban con él.

Era una montaña bastante espesa por uno de sus costados; pero que por los otros era accesible, según la suave pendiente que conducía á su vértice.

En esta eminencia estaba *Guaicaipuro,* en una casa sólidamente construída con recios maderos y la techumbre de madera también. A media noche, después de tomar todas las precauciones del caso, asaltó Infante el campamento del cacique.

Entre las armas con que contaban los indios sólo una podía tomarse en cuenta: la de *Guaicaipuro,* que consistía en una larga hoja de acero, bastante burda, pero aguzada en la punta, y la cual había arrebatado al guerrero Juan Rodríguez Suárez, jefe español á quien hizo prisionero por propia mano.

Fué aquélla una lucha espantosa.

Todas las cohortes europeas acometieron simultáneamente la especie de fortaleza que se había construído el cacique en aquella cumbre.

Los indios no podían poner en fuga á sus asaltantes; pero los asaltantes no podían forzar el atrincheramiento.

Una lluvia de dardos salía por cuantos boquetes tenía la vivienda, y esto causaba grandes descalabros á los que avanzaban.

Fué aquélla una lucha feroz de más de tres horas.

Cuando los españoles vieron que era imposible entrar en aquel infierno de buidas puntas que parecía ser inagotable, hicieron un supremo esfuerzo.

Se compactaron en una gran masa hacia un punto determinado de la fortaleza, y acometieron á fin de llegarse hasta sus umbrales.

La inventiva dió buenos resultados.

Llegáronse á los basamentos de madera de la casa, donde se hacían tan fuertes los indios, y lograron pegarle fuego.

Las brisas, que tan frecuentes son en aquellas alturas, avivaron rápidamente el fuego, y á la cohorte india no quedó más recurso que desalojar.

En efecto: se lanzó fuera, y el estrago

que causó en las huestes asaltantes fué terrible. Mataba á diestra y siniestra.

Los indios se defendían como leones, con el puño, con la garra, dando coces como bestias salvajes.

Los soldados españoles dieron demostración, como nunca, de su denuedo para batirse con todo y con todos.

Lo mismo con el europeo de casta pura, que con el habitante sombrío de los desiertos de Arabia, que con los númidas de Africa, que con los indios del mar Océano, el soldado español sabe batirse en todas las latitudes: es su virtud, su honor.

Los indios se precipitaron afuera de sus abrigos como una cuadriga de leones.

No podía ser de otro modo la agonía de *Guaicaipuro*.

Grande en las grandes victorias; grande en las derrotas; grande vencido.

El feroz guerrero bárbaro de las costas del mar Océano, el último que quedaba sin

ser sometido, desde Méjico, pasando por el inca de los Andes peruanos hasta el golfo Triste, al caer, tenía por fuerza que producir grande estrépito.

Las tropas españolas se llegaron á su refugio postrero como el cazador que va á retar á la fiera en su guarida.

La lucha fué salvaje, y venció quien debía vencer; pero la gloria del vencido quedó tan brillante como la del vencedor.

Las fuerzas, irreconciliables é irresistibles, chocaron la una con la otra y se produjo la explosión.

Después de la hoguera, en lugar de la ceniza, quedó la encendida palabra del cacique inmenso.

Antes de echarse á la arena, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Ah, españoles cobardes! Porque os falta el valor para rendirme os valéis del fuego para vencerme. Yo soy *Guaicaipuro*, á quien tanto buscáis y quien nunca tuvo

miedo á vuestra nación soberbia; pero, pues ya la fortuna me ha puesto en lance en que no me aprovecha el esfuerzo para defenderme, aquí me tenéis: matadme, para que con mi muerte os veáis libres del temor que siempre os ha causado *Guaicaipuro!* (1).

El cacique se lanzó á la reyerta como una bestia salvaje que, acorralada, se resuelve á salir de su abrigo, y poseída de furor y de rabia se lanza contra los que la acosan.

Guaicaipuro hirió, mató, atropelló, pisoteó no pocos enemigos.

Pero cayó atravesado por una bala.

Luego otras muchas lo remataron.

Cuando él cayó, los pocos indios que quedaban se lanzaron en su defensa, lo ampararon con sus cuerpos; pero fué en

---

(1) Estas palabras de *Guaicaipuro* fueron transmitidas por los soldados de Infante á Losada, quien, á su vez, las transmitió al Consejo Real de Indias, en una de sus *Relaciones.—(Nota de la presente edición.)*

vano. Ellos también fueron segados por los arcabuces.

El suelo quedó esterado de cadáveres.

Infante ya tenía su presa.

Ya tenía ganada la alcaldía que le había ofrecido Losada con tal capturase al gran cacique.

Todavía, con el furor de la refriega, se acercó al gran indio.

Su cuerpo, casi exánime, se demostró entre todos los otros cuerpos acribillados á balazos: él, el gran cacique, mordido por mil balas, ensangrentado, sucio de sangre y de fango, gritaba:

—¡Venid, venid, extranjeros! ¡Venid á ver cómo muere el último hombre libre de estos montes!

Al cabo lanzó el último suspiro. Se le enturbiaron las pupilas, se le estiraron los brazos, el cuello y el vientre.

Estaba muerto. Los soldados españoles se le acercaban no sin cierto temor.

Muerto, bien muerto, le tenían pavor (1).

Así terminó la más hermosa vida de caudillo que haya nacido y florecido al heroísmo de lejanas partes.

Combatió por su tierra y por su raza hasta morir. Lo capturaron como querían los protocolos urdidos por Losada en la Encomienda de Caracas, pero muerto.

Su cabeza fué colocada en un lugar bastante frecuentado, tanto por los españoles como por la población indígena, en lo alto de una pica.

En ella verían las generaciones venideras que debían venerar en la raza conquistadora, el amo.

---

(1) Acaso esta versión haya dado margen á la copla criolla, tan generalizada en los bohíos de América, y que dice textualmente así:

Cuidado como le pasa
como á aquellos infanteros,
que muerto y bien muerto el tigre
le tuvieron miedo al cuero.

(Nota de la presente edición.)

Ya no más discurriría por selvas y llanuras abiertas, el alma indígena con la alegría de la libertad en las pupilas, sino con la honda tristeza de las razas vencidas, aniquiladas, aherrojadas.

Cuando á Yarúa llegó la noticia de que la cabeza de *Guaicaipuro* había sido colocada en la punta de una pica se abatió profundamente. Lloró, gritó, maldijo. Se creyó perdida para siempre.

Se maldecía á sí misma: creía, en su débil concepción de hembra, que todo el inmenso desastre debíase á su traición á la fe jurada á la patria de todos.

A un pariente lejano le dejó el trono de los Maturines, se retiró á un rincón obscuro de la selva para no volver más á ocuparse de aquellas cosas.

Hay en aquellas vastas partes una leyenda muy hermosa que habla de Yarúa, que bien se ve que es inventiva de la imaginación de los conquistadores, algo to-

cados de la exaltada fantasía mora, en que aparece una india con los cabellos muy blancos, llorando por un amor imposible, sobre sus sueños petrificados por el desencanto y las cuitas de los más hondos dolores humanos.

APÉNDICE

En el Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano, editado por la Casa española de Montaner y Simón, de Barcelona, hemos encontrado lo siguiente relativo á *Guaicaipuro*, que con razón es una de las glorias más puras de Venezuela: "Cacique de los indígenas Teques, el más célebre de los que en la época de la conquista de Venezuela lucharon hasta sucumbir, por la independencia de su suelo.

„Aparece por primera vez en el año de 1560.

„Guaicaipuro causó no pocos sinsabores á los conquistadores españoles, hasta el extremo de que la invasión de Lope de Aguirre en 1561 tuvo á punto de tener consecuencias fatales para las tropas de la Corona de España, pues Rodríguez, queriendo ir contra el corsario y rebelde Aguirre, que había desembarcado en Borburata, tropezó en las montañas de Las Cocuizas ó de Las Lagunetas con las huestes de *Guaicaipuro* y fué destrozado y desbaratado." *(Historia de Sur-América,* por E. Lozano Díaz.)

En los *Ensayos de Historia,* del colombiano José Sotoca, se encuentra lo siguiente sobre *Guaicaipuro:*

"Elemento representativo como nadie en América, este indio venezolano legó á la posteridad un nombre que sobrepasa á *Mothecuzoma,* el emperador mejicano; éste cayó sin grandeza y fué vencido sin magnificencia.

„Muchos de los personajes secundarios de su epopeya lo eclipsan: Guatimozín alza algunos codos sobre la figura de su soberano; con Guaicaipuro, no; Guaicaipuro es de una titánica virilidad. Ninguno de sus caudillos ni de sus contendores es capaz de medírsele."

EL FIERO YARACUY

(DE LOS PAPELES DE MENCIO VARGAS)

COMPUESTA POR

JUAN DE OCAMPO

EN 1605.

ADVERTENCIA

El fiero Yaracuy *es como la generalidad de los trabajos históricos que venimos ofreciendo á los lectores de las obras que publica esta Biblioteca: amenísima relación de hechos del descubrimiento, la conquista ó la dominación de América.*

Trátase aquí de hazañas del indomable cacique de los Yaracuyes, *nación indígena ésta que primitivamente, ó sea en la época anterior al descubrimiento, pobló una parte de la región occidental de Venezuela. El nombre de los Yaracuyes lo ha conservado la gente venezolana y el nombre de Yaracuy lo lleva hoy un Estado de Venezuela.*

Fiero, como lo expresa el título de la obra, impetuoso, vibrante de coraje indómito, era el cacique Yaracuy un tipo semejante á Guaicaipuro; en ambos ardía el amor de la libertad; hasta el extremo de llegarse irreductibles al mismo borde de la tumba.

Como Guaicaipuro, el cacique Yaracuy opuso una viva resistencia al poder español. Ponce de León el encomendero de Trujillo, en carta escrita al Presidente del Real Consejo de Indias en Marzo de 1576, dice: "los Yaracuyes, *derrotados y desbandados, continúan hostigando incesantemente los establecimientos de Su Majestad, por medio de ataques por sorpresa, trampas y acoso de dispersos é inquietos grupos."*

Esta obra tiene aliento de cosa viva, nota peculiarísima en el autor de estas hermosas y breves narraciones.

El manuscrito, que ahora se publica por la primera vez, corre señalado con la letra X, 153; signatura 8553, en la Sección Manuscritos *de la Biblioteca Nacional.*

Editorial-América.

«Que la mucha inquietud en los hombres trae consigo fatales consecuencias, y más si aquélla es aguzada por la codicia y por el ansia de dominio, porque frecuentemente empuja á la guerra crudelísima que es más de brutos animales que de seres racionales.»

El beato de Astorga,.

I

Antes con antes del descubrimiento de las Indias por Cristóforo Colombo.

Todo cuanto se pueda decir de esta época en las grandísimas soledades de la Tierra Firme necesariamente tiene que ser de oídas, ó, mejor dicho, de lo que transmitieron referencias y soplos de los propios naturales, con respecto á lo que ellos oyeron de sus antepasados y que, ya ensanchándose por la fantasía, ya empequeñeciéndose por la modestia y discreción natural en algunos hombres, llegó más ó menos puro ó poco transformado á la mente de los que por orden y servi-

cio de Su Majestad fueron á gobernar aquellas tierras.

Con el intento de mejorar esta forma dióse prisa Fray Mateo de Zárate en educar y enseñar el idioma castellano á varios naturales *yaracuyes,* consigiendo con esto, una vez domesticados aquéllos, que en reposada plática le dijesen cuanto él quería saber de antecedentes para á su vez ponerlos en el papel, y darle curso á las aspiraciones de la historia y del entendimiento.

Como aconteció en casi todas las naciones grandes y poderosas que poblaron las soledades de las Indias, eran los *Yaracuyes* para el siglo XI y XII de la Era un grupo de varias naciones, cuales eran los *Torondoyes,* que vivían al pie de las cordilleras ecuatoriales; las *Yaritaguas,* que tenían ocupadas ambas riberas del río *Caparuyuy,* que rinde el tributo de sus caudales en el golfo Triste; los propiamente *Yaracuyes,* que era el Estado más central,

y que se hallaba extendido en toda la vasta llanura que va del golfo Paria (1) hacia el Norte; y al extremo los *Zarares* y *Tararanás,* ya saliendo á los grandes desiertos y aproximándose mucho á los *Acariguas*, nación errabunda que saliendo de las remotas palmeras del Este, venía internándose en la parte montañosa.

Ya por medio de guerras, ya por tratados de alianza, ó por convenios para combatir las bestias salvajes ó proporcionarse mantenimientos por medio de la labranza y riego de las tierras, aquellas naciones fueron agrupándose, mezclándose, hasta que para el siglo XIV y principios del XV de nuestra santa Era y Redención, se constituyó en un solo estado, tan numeroso que para la llegada de los primeros descubridores pudieron poner en pie de

(1) Llamado también *Mar de las Perlas.—(Nota de la presente edición.)*

guerra setenta mil hombres, contando más de setecientas poblaciones.

Todo este vasto imperio estaba bajo el solio *Yaracuy,* familia salida de la raza del mismo nombre, que venía sucediéndose en el dominio cada vez más poderosa, antes que perdiendo la más mínima parte de su patrimonio.

Los primeros en aliársele fueron los *Yaritaguas,* después los *Acariguas,* y siendo ésta una raza impetuosa y fuerte, tuvo en la propia mano la dominación sobre el resto de pueblos vecinos y los dominó.

Sólo hubo mengua de estas dominaciones por algunas tribus que, como la *cabudare,* la *bobare* y la *tutusía,* que con indignado desprendimiento abandonaron el país, é internándose en las montañas y los pantanos que circuyen inmensamente el Golfo, se negaron á doblar la cerviz al yugo yaracuyano.

Prefirieron emigrar aquellos sombríos

habitadores del desierto antes que ser sojuzgados, siendo en ello infinitamente más apocados que sus enemigos, quienes ante el español apretujáronse en una como impenetrable muralla y se resistieron hasta morir...

II

Yaracuy, el pacífico.

Poco antes de la llegada de los españoles había un rey ó gran cacique llamado *Chilúa*, que había conducido á toda la nación la más grande riqueza y prosperidad. Este gran cacique había sido distinto de todos sus antecesores de la misma familia *Yaracuy*.

Todos aquéllos habían sido crueles y duros, déspotas y soberbios.

Uno de ellos, llamado *Yaure*, alcanzó á tal extremo en la suma brutalidad y violencia de ánimo, que llegó á matar una de sus barraganas desflorándola.

Ordenaba castigos terribles y ejecucio-

nes de muerte por simples faltas de sus vasallos.

Pero muerto éste, sucedióle su mayor hijo *Chilúa,* que por la suavidad y despejo naturales fué una verdadera bendición para todos sus dominios.

Su reinado, uno de los más prolongados, alcanzó más de noventa y ocho años.

Pero he aquí que cuando ya se acercaba á la fosa, comenzaron á temblar todos los súbditos.

Debía suceder en el trono *Yaracuy,* quien por leyes y reglas de aquella monarquía indiana tomaría el nombre genérico de la familia.

Los augures, adivinos y magos predecían cosas terribles del joven príncipe. Y no era para menos, por su carácter rudo, bestial, despótico y voraz.

Tal fué el caudillo que los españoles encontraron al frente del vasto imperio *Yaracuy.*

III

Manaure y los que se oponían á la resistencia.

Entre los consejeros y grandes del reino que el joven príncipe había agrupado en torno suyo, había uno, de nombre *Manaure*, que era el que muy de cerca influía en su ánimo. Conociendo éste (que, por otra parte, era un hombre ya entrado en años) el carácter levantisco y la índole ocasionada á brusquedades y asperezas de su señor, trataba de encaminarlo por la senda de las violencias contra determinadas personas y agrupaciones que le eran desafectas.

Instigaba sus bríos, ya de modo directo, ya valiéndose de artimañas y enredos; de

ahí que cuando aparecieron los españoles en el territorio *Yaracuy* encontrasen las gentes principales enzarzadas en las más profundas divisiones y en medio de los más feroces antagonismos.

Caciques vecinos que se habían puesto en contacto con Mencio Vargas, conocedores de lo que aquél prometía tocante á la conquista pacífica de aquellas tierras; enviaron comisionados al poder central, haciendo exposición de tan sanos principios; pero tan nobles fueron las insinuaciones de los caciques como torvamente interpretadas por los levantiscos *Yaracuyes*.

No faltaron consejeros que, mostrando raro discurso y amplia discreción, apoyaran la idea de los caciques locales de entrar en negociaciones con los extranjeros y saber siquiera cuál era su intento y á qué se proponían.

Predominaron los instintos belicosos y

malsanos de *Manaure*, y el príncipe, halagado en sus sanguinarios instintos, aprestóse á las armas, mandando poner todos los hombres de las tribus bajo los estandartes.

Días de prueba esperaban á los conquistadores; habían dado un paso considerable con el apoyo de los caciques en quienes habían tratado, á los cuales había puesto el príncipe en entredicho, y que ya se consideraban con sus huestes como dislocados del poder central; pero, de todos modos, el abrumante poderío de los *Yaracuyes* era una amenaza seria.

Y esta amenaza cuajó en seguida; las autoridades de la Encomienda del Tocuyo recibieron una embajada de *Yaracuy*, en donde se les intimaba en un plazo asaz apresurado á abandonar el territorio.

Vargas, que esperaba por momentos la llegada de Diego García de Paredes, que estaba anunciado por el virrey de Santa

Fe con un fuerte destacamento de tropas españolas, contestó con arrogancia:

—Id á decir á vuestro cacique que venga él á echarnos.

Aquella fué la chispa que debía producir la devastación.

Vargas convocó á los caciques *(Caripes* y *Macaures)* para participarles la decisión de Manaure.

«—Como no habéis secundado sus deseos—les dijo—, arremeterá contra vosotros... Seréis desollados y quemados vivos. Pero si os ponéis de nuestra parte alcanzaréis el triunfo con nosotros... y en lugar de ser vosotros los oprimidos seréis los opresores. Ya sabéis que cuento con un poder destructor que ellos no pueden igualar, mucho menos contrastar. Esos aparatos que veis (arcabuces y cañones) vomitan la muerte. Las legiones de *Yaracuy* huirán despavoridas cuando se vean quemadas vivas desde considerable dis-

tancia, y tomaremos todo lo que tengan: mantenimientos, hembras, riquezas; reduciremos á cenizas sus viviendas y nos adueñaremos de todo el imperio. El orgulloso y soberbio *Yaracuy*, encadenado y escarnecido, vendrá humildemente á rendiros vasallaje.»

Aquel discurso del malicioso y cuanto suspicaz Vargas produjo efecto vigoral en el decaído espíritu de aquellos caudillos.

Para ellos, el haber incurrido en la desazón del Supremo Caudillo era una desgracia tremenda, y el momento de saber las amenazas de aquél produjo el más espantoso pánico.

Aquello los reanimó un poco, aunque no del todo.

Sabían del arrojo y fiereza de los *Yaracuyes*, de la agilidad y suma destreza de los *Acariguas*. Conocían el valor indomamable, el arrojo delirante de los *Tarara-*

nás; recordaban al caudillo *Mauripure*, que se lanzaba al combate lanzando gritos de rabia; pensaban en *Mainú*, cacique de los *Sucíes*, cuyo arco en la matanza era de una eficacia tremenda; no olvidaban á *Yurumay*, que salía solo á lo intrincado de la selva y provocaba en su guarida á los tigres; al hijo de *Manaure*, hábil disponedor de cohortes guerreras por breñales y desfiladeros profundos, y... tantos y tantos que habían llenado la historia fuerte y bravia de aquella raza de batalladores salvajes!

IV

Batalla de Cuycutúa.—Retirada de Vargas hacia las vertientes de la cordillera.

Viendo que estaban cerca de la encomienda las huestes *Yaracuyes*, que marchaban adelante, Vargas comenzó á sentir las más vivas inquietudes: los sucesos se precipitaban y García de Paredes se hacía esperar; mas su zozobra llegó al colmo cuando vió que el fuerte y numeroso destacamento indio que tenía como punto avanzado á cinco leguas del propio real del Tocuyo había sido aniquilado é incendiado, no quedando vivos sino tres de los más medrosos, que escaparon con tiempo para venir con la terrible nueva.

«—Son tantos, señor—había dicho uno de ellos—, que le ponen una crin movida á las cumbres de la serranía... cubren lomas enteras, llenan los surcos más profundos. Por todas partes no se mira cuando avanzan sino un río desbordado de hombres armados.»

Y contaban muchas cosas aterrantes. Unas, un tanto exageradas por el pánico; otras, descompuestas por el mucho vibrar de los nervios; las más, de una fría y dura realidad.

Entre otras, que en un pantano, donde los hombres se hundían hasta el pecho, grandes masas se lanzaban cargando maderos sobre los hombros, y resistiendo aquel peso sobre sí durante buena pieza de tiempo sumergidos en el fango, esperaban que por los maderos pasasen las huestes que venían detrás.

Cuando asaltaron el lugar avanzado, muchos de ellos traían grandes hachones

encendidos y le pegaban fuego á las viviendas.

Que á uno de los asaltados le metieron brasas por los ojos; á otro le pusieron un peñasco sobre el vientre hasta hacerle salir las entrañas por la boca y por el ano.

Aquellos hombres venían aceleradamente volando con las alas del más medroso ánimo. Era espanto lo que se pintaba en sus rostros, con los tonos más lívidos.

Vargas, no obstante su entereza de ánimo y su fe ciega en la cruz, cuya causa iba imponiendo con el acero y con la persuasión, se sintió contaminado de aquellos terrores.

No permitió que los derrotados se pusiesen en contacto con los otros indios, porque aquello podía tener consecuencias fatales en su valor.

Tomó cuantas previsiones eran conducentes á resistir aquella onda arrolladora.

Pagóse mucho de colocar dos pedreros de los más grandes en una eminencia que dominaba la ruta por donde él calculaba que podría retirarse en caso de ser arrollado.

Tres días después aparecieron las primeras legiones indias por varios puntos en torno de la encomienda.

Yaracuy avanzaba ordenadamente, llenando toda la línea en torno como tratando de formar un anillo de guerra en torno del real español.

Éste, por su parte, contaba con unos doscientos cincuenta hombres de arcabucería y artillería, y unos veinticinco jinetes de lanza al brazo y hacha en el arzón.

A este fuerte de tropas agregaba unos mil doscientos indios flecheros.

Cuando los *Yaracuyes* trataron de cerrar el círculo en que trataban de meter el real, comenzó la batalla.

Los pedreros, fortalecidos por quince arcabuceros de los mejores, rechazaron

las dos primeras masas indias que se lanzaron al asalto.

Y con este rechazo entraron en acción las otras piezas, y de la arcabucería más de la mitad, tendida hacia el río en dos grupos, fortificando por las puntas dos destacamentos de fuerzas indias amigas, las de los *Caripes* y *Macaures*.

Pero donde más recio se hizo el ataque *yaracuy* fué sobre la región llamada de *Cuycutúa*, que era la línea tendida de los *Macaures* hacia el Norte, protegiendo, sobre las riberas del río del mismo nombre, las pueblas (ó rancherías) de las dos tribus vecinas.

Animados por la eficacia feroz de las armas europeas, que hacían horrible estrago en las masas asaltantes, *Caripes* y *Macaures* se defendían como fieras.

Mas á los dos días de brega, la superioridad abrumadora del número de expugnadores avasalló toda la línea.

El extenso campamento de *Cuycutúa* fué roto; las tropas españolas, bastante diezmadas, buscaron su centro de acción con las otras tropas.

Trataron de incorporar en este movimiento á los *Caripes;* mas no educadas aquellas legiones en tales maniobras, se desordenaron y fueron envueltas y desbaratadas por el asaltante, cebándose aquél en ellas haciendo una matanza feroz.

Tuvo el capitán Figueredo, que mandaba aquellos destacamentos, que abandonarlos á su propia suerte.

El ejército *Yaracuy*, ensoberbecido con esta victoria, invadió las pueblas *caripes*, y se lanzó entonces en grandes masas sobre la encomienda y el grueso del real español á todo lo largo del campamento.

Al día siguiente los españoles, amparados por el fuego de la artillería en las alturas, desalojaba todo el litoral de la encomienda.

La batalla de *Cuycutúa* había sido ganada por *Yaracuy*.

Su ímpetu en la persecución era irresistible.

Por duras pruebas pasó la caballería en sus cargas, volviendo grupas para contener el ataque continuado de las masas victoriosas que llevaban detrás las tropas del real.

V

Ruina y espanto.—El fin de los Macaures y los Caripes.—El ejército de García de Paredes.

Las huestes indias entraron en las pueblas y en la encomienda lanzando alaridos.

En las pueblas indígenas, las mujeres, los niños, los ancianos, recibieron impasiblemente aquellas hordas.

No trataron de huir, en la certeza de que serían alcanzados.

Fueron al sacrificio con el estoicismo y la indolencia de quien se entrega á la fatalidad inevitable.

Las mujeres eran arrebatadas por la chusma con furor de demonios; los dien-

tes penetraban en las carnes vírgenes con una fiereza de lascivia y de triunfo.

Poco rato después eran aquellas antes pacíficas y floridas riberas, donde se agrupaban cabañas grises, un paraje de desolación y de muerte. Movíanse aún calientes los cadáveres. Las macanas yaracuyes habían hecho su obra espantosa: mujeres con los senos rotos, sangrando por el sexo; niños destrozados, ancianos revolcados, arrastrados por el fango, agonizantes.

La venganza *Yaracuy* se cebó, sació sus deseos bestiales hasta lo inconcebible.

No dejaron vivo uno solo de los habitadores de aquellas pueblas.

Después el fuego devoraba las viviendas: cuando éstas se iban á tierra socavadas en sus sostenes por las llamas, se formaban grandes hogueras, y ahí eran arrojados los cadáveres de españoles é indios que opusieron resistencia.

En la Encomienda aconteció otro tanto con los edificios, aunque ahí no encontraron gente, pues las familias españolas que habitaban en ellos fueron puestas en marcha tres ó cuatro días antes, por la ruta señalada para la retirada.

Hecho todo esto, y previendo que resfuerzos españoles se lanzaran sobre sus fatigadas tropas, *Yaracuy* emprendió el regreso á sus estados.

Los Yaritaguas, que eran los más numerosos, llevaron sus ejércitos muy lejos en la persecución. En uno de los acosos á las tropas europeas les arrebataron todo el ganado que llevaban en rebaño.

Cincuenta cabezas entre yeguas y caballos padres, treinta reses y una cantidad igual de ganado menor.

Mas esta demasiada saña en la persecución costó á los *Yaritaguas* un terrible contratiempo.

Cuando regresaban hacia el campamen-

to de los *Yaracuyes* fueron asaltados en el tránsito por un nutrido ejército *bobare* de los que antes se habían internado en las selvas del Golfo acosados por los *Acariguas*.

Habían sabido la guerra con los españoles y los *Caripes*, y venían á tomar venganza poniéndose de parte de aquéllos.

Llegaban por el Sur describiendo una enorme curva por el borde del país *yaracuy*, para arremeter contra los de su raza por sorpresa.

Triste cosa era del hombre en todas las razas de hacerse mal á sí mismo por las pasiones, la codicia y el amor al mando, negros pensamientos de discordia que lo hunden todo, puesto que matan la dulce, la poderosa fraternidad.

No sabían aquellos salvajes que guerreando unos con otros nutrían las fuerzas del invasor.

Pero los *Yaritaguas*, ensoberbecidos

por el triunfo, y con el desdén supremo que tenían por los *Bobares*, arremetieron contra ellos poseídos de un ímpetu diez veces mayor que el que los había hecho vibrar antes.

En pocas horas desbarataron las aguerridas huestes *bobares*, poniéndolas en fuga, en el más completo desorden.

Al disponerse á continuar la marcha hacia sus regiones los *Yaritaguas* cortaron las orejas á dos de los prisioneros.

El cacique *Canay* fué hacia ellos y les dijo:

«—Podéis marcharos á uniros con vuestros caciques y decidles que los traidores á su raza, los *Caripes* y sus aliados, han desaparecido de la tierra, y que ¡ay de los que quieran establecer el yugo extranjero! ¡Porque correrán la misma suerte! Decidles que se vuelvan á sus montañas del Golfo, que nosotros no los iremos á buscar allá, puesto que para nada necesita-

mos de ellos; pero que no hagan otra acción como la que han hecho, tan fea como cobarde, porque entonces iremos tras de ellos hasta muy lejos, hasta el extremo de que no dejaremos uno vivo, cazándolos en los breñales donde se meten como se cazan los animales malos.»

Los *Yaritaguas* llevaron á *Yaracuy* un estandarte de guerra *bobare* y mil doscientas cabelleras de vírgenes vencidas.

Llegó *Yaracuy* á sus Estados más soberbio y más arrogante que nunca.

Creía ilusamente que aquello había sido principio y fin de la jornada.

Danzas en torno de hogueras, sacrificios, alegría de *yaravíes*, refocilo en las vírgenes más hermosas de las tribus y recuento de trofeos.

Tomaron una multitud de armas españolas: entre otras, gran número de arcabuces y dos piezas de artillería; pero he aquí que aquellas armas no podían servir-

les, porque ellos no conocían su manejo.

Las alabardas, las jabalinas, las picas, las hachas, sí empezaron á manejarse con éxito, matando bestias en los bosques.

Comprendieron que el acero afilado era mucho más eficaz para cortar la madera que el hacha de piedra que ellos esgrimían, y que las espadas ofrecían una resistencia aplastante como elementos punzadores.

Todo había salido á la medida; pero he aquí, como acontece fatalmente en todas las cosas humanas, por mandato de la Naturaleza, que aquel porvenir que el indomable *Yaracuy* veía extasiado como un manto de rosas iluminado de gotas de rocío, se preñaba de negras nubes.

En el abierto horizonte aparecía Diego García de Paredes con más de setecientos hombres de todas armas y de las clases más feroces de Europa. Eran tercios enganchados por varias casas comerciales

de judíos en Cádiz, en la Coruña, en el Principado.

Venían de muy lejos aquellos soldados, todavía cerriles por las asperezas de la reconquista y por las mil guerras que asolaron á Europa después del advenimiento del emperador y rey, á quien Dios guarde en su divina gracia.

Venían de muy lejos, fraternizando con los invencibles de Pavía y de Italia. Con el cántabro, de áspera y negra barba, venía el moravo alto, fornido, de leonada melena; con el castellano de las estepas de Jelvis de Jarama marchaba parejamente el croata sombrío, que esgrime el hacha de mango adornado con huesecillos humanos; junto á los húngaros morenos y ágiles, de faldellín griego, los recios y brutales mauritanos y la vellosa musculatura del croata, nacido en los peñascales de Verdeht, ó el jinete bronceado, de castaña barba, del lancero de las planicies de

Transilvania, que rechaza al finlandés y es terror del cosaco.

Era el ejército de García de Paredes una Babel de razas, no faltándole ni el negro de Africa, hediondo como un macho cabrío, de cara de hipopótamo, que, haciendo de él la raza más despreciable del mundo, lo exhibe como modelo de las más bajas y más soeces pasiones.

Tales eran los legionarios que habían de imponer el poderío español al yaracuy.

VI

El regreso de Vargas.—Sale para España después de entregar la encomienda al gobernador Ponce de León.

Vargas, en su precipitada retirada, creyó sufrir un serio contratiempo, ya muy arriba, en la parte montañosa de la cordillera ecuatorial, en virtud de que algunos soldados habían visto en unas cumbres lejanas grandes hogueras, y que él, desde luego, imaginó que procedían de campamentos indígenas de los *Timotes* ó los *Mutiscuas*.

Pero sus exaltaciones medrosas lo engañaron: aquellas hogueras procedían del campamento español de Diego García de Paredes.

Cuando se percató de esto, un ¡hurra! estruendoso resonó á lo largo de las montañas.

A la mañana siguiente llegóse á ellos el primer destacamento español.

Los jinetes venían con los caballos tomados por el freno, salvando gargantas, profundos desfiladeros, breñales intrincados.

El frío mordía la piel como un perro.

Estando ya reunidas ambas expediciones, acordaron regresar todos á la encomienda.

Las tropas recién llegadas se pusieron adelante; luego, las vencidas de Vargas, y más atrás, las mujeres, los niños y las acémilas del mantenimiento.

En el camino, ya cerca del Tocuyo, imaginó Ponce de León—que, apoyado militarmente por García de Paredes, venía como gobernador y encomendero mayor de Su Majestad en todas las regiones

del Sur del virreinato del Perú—que en lugar de esperar la acometida de los *Yaracuyes* se les fuese á atacar á su propio territorio, asaltándolos y desbaratándolos, no dándoles tiempo á organizarse ni reponerse después de las batallas que acababan de dar.

El plan propuesto por Ponce fué acogido por todos.

En llegando á la encomienda, salieron García de Paredes y Diego de Losada con el grueso de las tropas á lanzarse bruscamente sobre los *Yaracuyes*.

Ponce de León, una vez en la encomienda, se dispuso á reedificar y ordenar de nuevo las pueblas.

Vargas, entregado su triste encargo, tan honrosa como desgraciadamente cumplido, se marchó con rumbo al Golfo, tomando la vía que había traído Ponce

de León y los suyos, con el intento de embarcarse para España.

Fueron con él setenta y dos arcabuceros que llevaban orden de regresarse después que Vargas quedara seguro en el lugar adonde se dirigía.

VII

Batalla de Uricagua.

Tres días después caían bruscamente sobre los *Yaracuyes* las numerosas huestes de García de Paredes y Diego de Losada. El ejército español se había dirigido á marchas forzadas.

Los Yaracuyes hicieron maravillas de valentía y arrojo; pero los pedreros barrían sus formaciones en masa, en tanto que los arcabuces y las lanzas de los jinetes las diezmaban que era un horror.

Los ejércitos *Yaracuyes*, que para entonces eran la mitad de los que habían luchado en los atrincheramientos *macaures* y *caripes*, porque gran parte de ellos

se había marchado al interior del imperio á sus trabajos de labranza, y á la búsqueda de carnes y otros mantenimientos.

Cuando los caciques locales quisieron ponerse de acuerdo para ir de nuevo contra el invasor, se vieron atacados, puestos en fuga ó prisioneros.

Mas por eso no dejaron de organizarse y alistarse muchos, que hicieron grande estrago en las tropas extranjeras.

Otros tomaron, con sus familias, el camino de las montañas, con la idea de salir de ellas andando el tiempo y molestar en gran manera á los que venían á dominarlos y á someterlos.

De estas tribus dispersas salieron después las guerrillas indias que durante más de veinte años estuvieron acosando al español.

Nuestra causa sufrió por esto lo inconcebible. Se fundaban pueblos florecientes y hermosos, y cuando ya empezaba á dar

rendimiento á la causa de Dios y del Rey, aparecía una horda india, pasaba por las armas sus habitadores, incendiaba las casas, se llevaba todo lo útil, violaba las mujeres, cuidando de llevarse las de raza blanca que mejor pudieran cuadrar á sus apetitos, y se marchaban á sus madrigueras.

Muchas hordas de éstas fueron desbaratadas y destruídas; pero ¡cuánta sangre costó!

En esta nueva batalla, llamada de *Uricagua* por las *Relaciones* de Ponce de León y las cartas de Diego de Losada, perdieron los españoles más de ciento cincuenta hombres y los indios mil y tantos.

VIII

Muerte de Yaracuy.

Uno de los primeros presos fué *Yaracuy*, el gran cacique.

El grueso de los asaltantes cargó señaladamente sobre el real indio, y en pocas horas de combate lo tomó.

Yaracuy, lanzando alaridos de furor y desespero, fué maniatado y atado á un árbol.

Una vez que se lanzaron las tropas adelante y quedó aquel paraje en calma, el capitán del destacamento que quedó de custodia mandó que lo desamarraran.

Un sudor copioso le bañaba los cabellos, el rostro y le resbalaba por todo el

cuerpo, como si estuviese recibiendo sobre la cabeza un copioso riego.

Quieto, sin murmurar una queja, silencioso, impasible, seguido de cuatro jabalineros, avanzó hacia la vivienda donde estaba el capitán.

Era su gesto del más sombrío abatimiento. En lo profundo de sus ojos negros, apagados, posaba vagamente el coraje con un no sé qué de espantosa desesperación. Había en aquellos ojos dolor y maldición.

Los españoles que lo contemplaban se sintieron impresionados por aquel extraño personaje. Desnudo, puesto que sólo llevaba unos cordajes encarnados en las piernas, tejidos ó encadenados caprichosamente; en los brazos un enjambre de ajorcas de rosarios de rojo vivo y azul claro, y sobre la cabeza un espeso penacho de plumas de varios y lucidos colores, fuertemente atado á lo espeso de la cabellera hacia la

parte de la frente. Este penacho le caía ondeante sobre la espalda, en forma enroscada, como recubierta de casco romano.

Los españoles hablaron entre sí. Comprendían que no podrían entenderse con el príncipe indio por causa del idioma.

Así, dispuso el capitán que lo dejaran bajo el alar del rancho ó vivienda india, custodiado por seis soldados y un cabo.

Le hicieron seña que se estuviese sentado, pero *Yaracuy* se negó y permaneció largo rato de pie, con los ojos bajos, como pensando misteriosamente en una cosa muy honda.

Al cabo los españoles se quedaron quietos, mirando que el indio no daba señales de rebelión.

Pero he aquí que, más ligero que el rayo, se precipitó sobre uno de los soldados á quitarle el arma, y se la arrancó, en efecto: embistió contra los otros y atravesó al capitán por el pecho; puso fuera

de combate tres en un instante; acudieron otros soldados. Hicieron un descargue de arcabuces, y *Yaracuy* cayó sin vida, se revolcó en la tierra, en su propia sangre, como una bestia salvaje acosada por la mesnada.

VIDA DEL GUERRERO BÁRBARO
NICAROGUÁN

CRÓNICA COMPUESTA POR

FRAY NEMESIO DE LA CONCEPCIÓN ZAPATA

DE LA ORDEN DE SAN FRANCISCO

AÑO DE 1684

ADVERTENCIA

La presente historia la hemos copiado del legajo Núm. 3207, = J. 140, que lleva por título Armada real, Defensa de las costas del Mar Océano, *en la Sección* MANUSCRITOS *de la Biblioteca Nacional de España.*

Versa ella sobre la historia primitiva de Indias, copiosísima veta que venimos aprovechando, no sin gran trabajo: dificultades inmensas para entender añejos documentos, destruídos en parte por los siglos que llevan reposando en aquellos anaqueles, entorpecen en grado extremo nuestra labor.

La relación que ofrecemos en las páginas que van á leerse es una biografía del cacique Nicaroguán, *guerrero indígena que al igual de* Guaicaipuro, *el indomable Rey de los* Teques, *en Venezuela, y de otros muchos, ya araucanos, ya charrúas ú otomíes en el Sur, hizo poderosa resistencia al conquistador español.* Nicaroguán, *en Centro-América, realizó vertiginosa y ruda epopeya durante más de quince años.*

En cuanto á la forma artística de la presente obra, es de lo más encomiable: el padre Zapata es uno de los cronistas del siglo XVII más emotivos y disertos.

En muchos de su pasajes, el adorno de la frase y la sutileza del criterio hacen pensar en las páginas espejeantes y castizas que otro gran clérigo escritor escribió respecto de la conquista de Hernán Cortés: nos referimos al cronista oficial de Méjico: Solís.

Editorial-América.

En 1550 acertó Gil González Dávila á subyugar y reducir á mandato al cacique Nicaragua, de la más sosegada manera.

Encontrábase González Dávila en la tierra de Nicoya, otro cacique sumamente respetado y venerado por los naturales y en muy grandísima ocasión dueño de cuantiosa hacienda.

De esta tierra de Nicoya, que distaba más de sesenta leguas castellanas, mandó emisarios á Nicaragua, proponiéndole reducción y sujeción al imperio de Su Majestad Católica.

Diéronse priesa y artificio los emisarios, asesorados por intérpretes indios, en ha-

cerle ver con subidas exageraciones y comparanzas lo muy poderosos que eran los monarcas españoles y de lo muy verdadera que era nuestra santa religión de Jesús crucificado.

No se negó el cacique Nicaragua, y envió á decir al conquistador cristiano que fuese sin demora á imponerle la muy preclara gracia de su religión y mandato.

Con grandísima dificultad pudo llegar Dávila á las pueblas donde dominaba Nicaragua, y fué recibido á cuerpo de rey.

Vivos y exaltados agasajos se hicieron españoles y bárbaros.

Nicaragua regaló á Dávila una gran cantidad de oro fino, barras de plata, lindas y labradas telas de la más suave y hermosa hilaza, lucientes plumas amarillas, rojas, opacas y blancas, preciosísimas pieles y grande acumulación de bastimentos.

En cambio de todo esto, González Dávila hizo que el cacique se vistiese con un

sayo de seda y una gorra de paño de grana, obsequiándole además con una gargantilla de cristales repulidos.

El cacique se mostró regocijado de todo. Y tornándose en extremo preguntón y curioso, empeñóse con el padre capellán le dijese *que si los cristianos tenían noticias del diluvio que anegó la tierra y de que si era cierto que iba á haber otro, si al fin del mundo caerían los astros sobre él, cuándo y cómo cesaría el curso del sol y perdería su claridad, y lo mismo la luna y las estrellas. De la misma manera preguntó de qué tamaño eran los astros que miraba en lo alto todas las noches. Acusó de imperfecta á la Naturaleza porque había noches obscuras y frías, siendo más ventajoso al hombre que hubiese luz y calor.*

Sumamente curioso el indio, era una grandísima lástima que fuese de edad bastante avanzada, que á ser más joven y su voluntad en atraerse á la lumbre divina de

la santa creencia, hubiese sido en grande manera beneficiosa su faena en la obra de la conquista y evangelización de todo el país.

Muy animado y alentado hallábase Dávila con tan buen suceso en aquellas dilatadísimas comarcas, cuando un emisario indio que llegó, enviado por *Nicaroguán*, otro gran cacique de las altas montañas del Sur y distante de ahí 80 leguas, enviaba á decir que:

«Doliéndose mucho de la traición de Nicaragua y Nicoya á su suelo aceptando á los españoles como hermanos y acogiéndose á sus feos y horripilantes ritos, había resuelto ir contra unos y otros en son de guerra y dirigiendo un numerosísimo ejército que había aderezado con tal fin; que de la única manera que podían evitar los españoles el ser arrojados del territorio de una ferocísima forma, era tomando ellos el camino de su nación por donde habían

llegado, renunciando á quedarse en tierra india dominando á los naturales, como parecía ser su propósito.»

A la vez añadía que tanto Nicaragua como Nicoya, en su calidad de traidores á los de su raza, debían marcharse también con los españoles, abandonando sus tribus ó reinos para él, *Nicaroguán*, imponerles su señorío y obediencia.

Que cuidaran de ejecutar aquel su mandato lo más apriesa posible, porque si se retardaban y esperaban su llegada serían todos cruelmente castigados.

Impuesto de todo González Dávila llamó á Nicaragua y luego envió un emisario á Nicoya, contándole lo que pretendía *Nicaroguán* y diciéndole á la vez que se moviese de su territorio con la mayor muchedumbre de gente de armas que pudiese, á fin de imponer al cacique rebelde el más áspero escarmiento.

Tomó cuantas medidas le dictaron su

claro discurso y buen entendimiento, y dispúsose, no á esperar el ataque del indio rebelado, sino salirle á buscar, darle ferocísima batalla de sorpresa y buena disposición para la ventaja de su parte.

Echando mano á un recurso de astucia y demasiada malicia, respondió al reto y provocación del arrogante Nicaroguán en esta forma:

«—Decid á tu arrogantísimo Rey, que estoy plenamente enterado de sus deseos...; que yo he venido aquí muy de paso y con ideas de marcharme en seguida á mi país...; que tal como son sus deseos y mandatos de que abandone estas tierras serán cumplidos. Que en estos mismos días partiré, pues no quiero provocar su augusta cólera. Que de la misma manera he hecho reconocer á los caciques Nicaragua y Nicoya la justicia de su mandato, y han convenido ambos en mar-

charse conmigo y dejar sus reinos á la voluntad de Nicaroguán.»

Tal fué el artificioso mensaje que González Dávila envió al arrogante indio; todas estas palabras iban grabadas en unas tiras de cuero de ciervo que usan aquellos naturales para poner su escritura y de lo que haré más adelante una muy detallada y cabal relación; quería Dávila coger al indio desapercibido para el combate, confiado en la verdad de tan engañosas palabras.

Era el subterfugio muy propio de la guerra y del momento; pero habemos de hacer una reflexión dolida de esta muy sutil desventura: Siempre fueron en demasía ingratas las victorias alcanzadas por el engaño y la mentira.

Con el pretexto santo de atraer nuevos rebaños de almas al redil del Señor, era más que confesable recurrir al artificio.

Dios perdonará lo que de duro y desolante se hace en su servicio; pero ¡qué tristísimo es ese mal de llevar á cabo una grande y piadosa obra por medio de tales expedientes!

Y sucedió como había previsto el capitán: Nicaroguán estaba desprevenido, creyendo en lo que le habían respondido por medio del emisario: creyó de buena fe que los españoles, juntamente con los dos caciques, se habían aterrado con la amenaza de sus hordas.

Detuvo, en consecuencia, la formación de los numerosos aprestos de guerra.

Consideró ¡iluso! que con las tropas que hasta entonces tenía puestas en tercio le bastaría para formar gobiernos y dominaciones en las nuevas provincias tan fácilmente conquistadas, no ya por el esfuerzo de su brazo, sino que sólo con su amenaza y poderío.

Púsose al frente de unos diez mil indios

y marchó hacia las tribus nicaraguas.

Como el trayecto era más de ochenta leguas castellanas, se estuvo más de diez días en atravesar la espesa región, muy intrincadísima de espesos bosques, ríos, pantanos, macizos de cordillera y llanuras donde la mucha fuerza de las vegetaciones dificultaban grandemente el paso.

Cerrada la noche, se puso á unas once leguas de distancia de las primeras comarcas que iba á conquistar, y como los naturales tuviesen mandato de avisar la proximidad del enemigo en el campamento español, los naturales abandonaron la primera puebla asaltada y corrieron á dar la nueva de la llegada de las tropas.

Del real de González Dávila salieron veinticinco jinetes con ánimos de causar la primera sorpresa á las tropas que avanzaban.

Grandísima fué en realidad la sorpresa que experimentó Nicaroguán.

El choque en demasía sangriento: fué tal el ímpetu de las hordas salvajes y el brío y ardimiento que les comunicó su caudillo, que el grupo de caballería estuvo á punto de ser dispersado por las chusmas indias.

No sólo una lluvia de dardos cayó sobre los soldados españoles, sino que también piedras, árboles derribados sobre ellos desde lo alto de las laderas.

Un grupo de doscientos indios guiado por Nicaroguán en persona se precipitó sobre un cuerpo de jinetes compuesto de diez soldados, que se alejaba buscando el resto de sus compañeros; los indios daban saltos y caían, ya sobre el cuello, ya sobre la grupa, y derribaban los jinetes.

De este grupo de soldados sólo pudieron salvarse tres, por haber tomado ventaja á todo correr.

Los otros fueron muertos y despedazados y comidos después, junto con las bestias.

En vista de este desastre, González Dávila redobló sus medidas, y abandonando el real que tenía establecido en las pueblas, fuése en busca del enemigo, que avanzaba muy aína, creyéndose victorioso, y al mismo tiempo, ensoberbecidísimo por el engaño de que había sido objeto, impidiéndole de aquel modo alistar mayor número de tropa. Después de aquel encuentro, y convencido de que tenía que entablar batallas formales, envió uno de sus caudillos á que regresase al punto de partida y pusiese en movimiento toda la chusma guerrera de las montañas que él había dejado de alistar.

Por su parte los grupos que llevaba González Dávila al combate eran un si es no es respetables:

Doscientos soldados arcabuceros.

Cincuenta atendiendo á cuatro piezas de artillería.

Y 52 jinetes.

En tropas naturales de los dos caciques aliados llevaba 25.000, fuera de otros ejércitos que enviaba Nicoya y que estaban al llegar.

A pesar de la mucha superioridad de los españoles resistió con denuedo ardidísimo el cacique montañés.

Los primeros grupos de sus tropas, al encontrarse con los *Nicaraguas*, arremetieron con tal furia que en pocos instantes los pusieron en desordenada huída.

Tuvo que acudir el propio Dávila con 60 arcabuceros á ampararlos; que si no, es casi seguro que fueran sacrificados todos.

Pero las dos primeras descargas de la arcabucería sembraron el espanto y la destrucción en las impetuosas hordas: tuvieron que cejar en su delirante ataque y tomar la revuelta aceleradamente.

Entretanto la artillería barría grupos numerosos de los ejércitos montañeses.

La batalla duró todo el día.

Empezando á cerrar la noche, comenzaron á retirarse los tercios de *Nicaroguán*, en medio de una infernal gritería.

De los 10.000 guerreros que llevó al combate sólo quedaron escasos dos mil al cacique *Nicaroguán*.

Aquella misma noche, amparado por la espesa tiniebla, emprendió la marcha hacia su región.

Lejos de ir abatido por la derrota, iba ardiendo de coraje y con el propósito más fijo aún de tomar todos sus súbditos en armas, aderezar un ejército que fuese tan grande y de tal manera poderoso que no pudiesen resistirlo los españoles, aun con las numerosísimas chusmas de sus aliados.

Como se supo después por sus mismos compañeros de guerra, *Nicaroguán* iba vociferando, maldiciendo, blasfemando,

enseñando los puños cerrados á los astros. Entre lo espeso del bosque, envuelto por las densas sombras de la noche, brillaban sus ojos como dos tizones encendidos, castañeteaba los dientes y le brillaban los incisivos como los de una bestia espantable.

«—¡A ese Nicoya, á ese Nicaragua!... ¡Traidores, desgraciados; les sacaré los ojos, y la lengua, y la piel, y les haré arrastrar por sobre leños erizados de llamas!... ¡Desgraciados, cómo se ponen de parte de los extranjeros y vienen á diezmar á los de su raza!»

Aquellas palabras en lo siniestro de los montes, en plena noche, eran como alaridos de un condenado.

Por su parte, los españoles y los caciques aliados dispusiéronse á hacerse aún más fuertes, y antes que dar tiempo al enemigo á hacer otro tanto, formaron el intento de seguirle, acosarle y diezmarle.

Los preparativos bélicos por los dos enemigos irreconciliables comenzaron con el mismo ardimiento por ambos lados.

Aunque sí es cierto que con harta dificultad para Nicaroguán, porque cuatro ó cinco días después de su primera batalla fué de nuevo alcanzado por veinticinco jinetes que, llevando mosqueteros á la grupa en número de treinta, habían sido mandados en su seguimiento.

Hubo, sí, una buena inspiración por parte del español, que le mandó á Nicaroguán un emisario, diciéndole que «viese lo duro que había sido el escarmiento por su grandísima terquedad en oponérsele á sus designios, combatiendo la santa idea que habían tenido los caciques aliados de ponerse de parte de los cristianos. Que Dios nuestro Señor era quien le castigaba por la rebeldía que había intentado contra su divinidad; pero que si volviéndose de su error tornaba á amar su santo nombre,

uniéndose á todos en la común obra de evangelización, depondría las armas y le haría grandes regalos y agasajos; que le haría dueño y señor de cuantos reinos conquistara en la vasta región que partía de ahí hacia el remoto mar del Sur».

Pero Nicaroguán, encendido de rencor y odio y coraje contra aquellos agresores barbudos, á quienes ya detestaba tanto por ver en ello los sojuzgadores y los que le habían vencido en singular y reñido combate, no quiso ninguna clase de fraternidad en ellos. Contestó de modo más insolente y arrogante que nunca:

«—Decid á esos infames criminales y traidores que les odio y les exterminaré; que yo bien podría recurrir al engaño, á la traición y á la mentira, como ellos y sus aliados los traidores Nicaragua y Nicoya, fingiéndome sometido y escarmentado y sumiso á su poder, para sorprenderlos desapercibidos y diezmarlos y acabarlos;

pero que mi arrogancia no necesita de tan bajos modos, bastándose con su valor y su brazo. Decidle asimismo que los aborrezco más que nunca y que me estaré por todo el resto de mi vida empeñado en acabar con ellos.»

Esta áspera respuesta indicó á los españoles y á los caciques aliados que debían permanecer más que nunca prestos á las armas, puesto que aquella amenaza era tremenda, dada la mucha impetuosidad y valentía del indio.

En aquellas montañas espesísimas y erizadas de escarpas y breñales y desfiladeros!

Las fuerzas españolas, bastante apoyadas por numerosos cuerpos de indios, continuaron su avance hacia la región ocupada por las tribus de que era rey Nicaroguán.

Aquellas tribus abandonaban en masa sus pueblas, que cuidaban de dejar incen-

diadas como para que los invasores no se sirviesen de ellas.

Asimismo destruían sus sembrados ó se llevaban consigo cuanta cosa ó bastimento tuviesen.

Se retiraban á lo espeso de las selvas, y muchos de ellos se fugaban con tal malicia y sagacidad, que el enemigo que iba en su seguimiento se encontraba confundido, por no encontrar rastro ni indicio alguno de ruta que pudiese conducirlo al través de los abruptos macizos de bosque.

Cuando el ejército español pudo ponerse en el pleno corazón de las tribus de Nicaroguán, ya éste tenía sobre las armas más de cien mil indios flecheros.

Fué aquélla una acción también reñidísima, en que pereció el propio Nicoya con más de treinta mil de los suyos. Otro tanto fué el estrago en los ejércitos de Nicaroguán, quien milagrosamente pudo escapar de una trampa.

La artillería y los jinetes al cabo repelieron ásperamente á sus huestes. Aquellos pelotones de guerreros morían en gran número.

Al cabo tuvieron que huir en la más revuelta confusión.

Con esta batalla sí quedó realmente abatido el ánimo del indomable cacique.

En la huída de aquella feroz derrota, le vieron que iba llorando como un niño.

—Me moriré—decía—sin haber visto castigados los traidores.

Después de esta memorable batalla, en que gran parte del territorio de Nicaroguán fué conquistado, huyendo su rey abatido y desesperado á lo más profundo de los bosques, hubo una paz de algo más de dos años.

Ya se creía que Nicaroguán, con los dos terribles escarmientos, no volvería por sus reales.

Pero fué una nueva calamidad; á los dos

años y medio justos volvió la amenaza india más agresora y temible que nunca; arrasaron dos de las más hermosas encomiendas que se habían fundado, y pusieron en fuga un numeroso cuerpo de arcabuceros.

Después de otra batalla, en que se derramó copiosamente la sangre, fué vencido de nuevo el intrépido y temerario cacique montañés.

Mas de ahí en adelante ya no fué posible desligarse de la zozobra: cada cuatro, cada seis ú ocho meses, tornaba la chusma india á atacar las encomiendas.

Sucedió una ferocísima brega que duró nueve años, y dispuso el Gobierno de Su Majestad acabar de una vez con tan dura molestia.

Una grande escuadra que salió de la Coruña para el año de 1678, desembarcó en las costas de Castilla de Oro un cuerpo de 1.200 hombres de todas armas.

Mas antes de aderezar el largo historial de esta postrera y crudelísima guerra, haré detenidamente á los que leyeren un relato general de lo que son aquellas vastísimas partes.

Ello es que, en medio de todo, daréme grande diligencia en la mayor amenidad que me sea dable, tanto de las gigantescas sierras, como de los valles y llanuras.

Estos indios habitadores de tales regiones eran extremosamente discurridores y despejados de entendimiento: veíaseles en todo su artificio, su industria, su trabajo de sabiduría, un grande modo de hacer.

Tenían grandes semejanzas con los de la Nueva España. Estaba en el uso el mismo sistema cronológico; se daba casi los mismos nombres á los días del mes y á los meses del año, y se hablaba el idioma natural por buena parte de los moradores. Había también libros escritos sobre tiras

de cuero de venado. En ellos se pintaban las heredades, los caminos, los cerros, los ríos, los bosques y las costas; por ellos se explicaban los ritos, las ceremonias, las leyes, los trastornos de la naturaleza y las vicisitudes de los pueblos. Escribíaselos con tinta, ya negra, ya roja, y se los doblaba al modo de los aztecas. No faltaban tampoco templos ni sacrificios. Los sacrificios se hacían, sin embargo, no en los mismos templos, sino en túmulos contiguos, no más altos que una lanza. Allí se subía por unas gradas el sacerdote con sus víctimas, les cortaba la cabeza y rociaba con la sangre la cara de los ídolos. Se inmolaba ordinariamente prisioneros de guerra, y cuando no se los traía al volver de una campaña, se colocaban los capitanes alrededor de los túmulos y lloraban y exhalaban lastimeros alaridos. Pero también, como en Méjico, se empleaba para hacerse propicia al dios de las lluvias

los holocaustos de niños y niñas. En honor de los dioses se vertía asimismo la sangre ajena y la propia; de la lengua de los labios, del miembro mismo se la derramaba. Sólo la mujer estaba exenta de tan penosos sacrificios. Ni concluían aquí las semejanzas entre los de la Nueva España y los nicaraguatecas. Creían también éstos que los dioses gustaban del olor del incienso, y que sólo se satisfacían con la sangre y el corazón de los enemigos; creían que iban al cielo las almas de los que morían en el campo de batalla. Eran aztecas hasta los nombres de algunas de sus divinidades. Quiateot *(Quiahnitl,* aguacero; *Teotl,* dios) se llamaba al dios de la lluvia; Hecat *(Ehecatl,* aire) al dios del viento y la borrasca; Marat *(Maratl,* venado) al dios de los cuervos; Tost *(Tochtli,* conejo) al dios de los conejos y de las liebres); Vitzeot *(Vitro,* cosa espinosa, punzante, y *Teotl,* dios) al dios del ham-

bre. Con una palabra, *nahuastl*, se designaba, por fin, en aquel tiempo al más célebre de los volcanes de Nicaragua; con la de *Mesaya*, y también con la de *Pogogatepec*, corrupción, á no dudarlo, del nombre de *Popocatepetl*, que se había dado al volcán sito á la entrada del valle de Nueva España. *Masaya, Popocatepetl, Pagatepec*, eran voces de tres lenguas distintas: la chorotega, la nahuatl y la niquirana ó nicaraguana, y las tres significaban *Montaña Ardiente*. Semejanza debía haber, y no de poca importancia, entre los nicaraguatecas y los yucatecas. Los nicaraguatecas se labraban el cuerpo sajándoselo con cuchillos de pedernal y echándose polvos de carbón en todo el trayecto de la herida. Tenían para realizar estas labores de gobierno diestros, y las llevaban distintas, según el cacique ó señor á que pertenecían. En lo de sangrarse el miembro se parecían á los yucatecas, no á los

de Nueva España, que jamás lo hicieron. También en la escritura usaban, además de imágenes, caracteres, y leían en sus libros como nosotros en los nuestros. Mas no por esto los nicaraguatecas dejaban de tener su fisonomía especial, sus especiales instituciones y sus costumbres. Hallábanse divididos, cuando la conquista, en cuatro grandes grupos: los niquiranos, que estaban hacia el Pacífico, entre el mar y los lagos, desde el golfo de Fonseca al de Nicoya; los chorotegas, los chontales y los caribisis. La cultura era mayor de los lagos al Pacífico. El parentesco de estas razas con las que poblaron el Anahuac, en nuestro sentir, es indiscutible. De los fundadores de Colhuacán se suponía descendientes á los chorotegas. Estos nicaraguatecas iban ya vestidos. Son dignas de notar las diferencias entre los dos sexos. No era en Nicaragua la mujer, sino el hombre, quien barría la

casa y encendía la lumbre. La mujer tenía allí principalmente á su cargo ir á vender lo que el hombre ganase por la caza, la pesca, la agricultura ó la industria. Estaba reservado el comercio á la mujer y los demás trabajos al hombre. La mujer no gozaba, sin embargo, de gran consideración entre estos nicaraguatecas. No se le permitía poner el pie en el templo. No podía tomar parte en ningún acto religioso. En las grandes fiestas no le era lícito ni siquiera salir de casa, como no fuese para ir á recoger por la noche á sus hijos y á su marido borrachos. Figuraba sólo en algunos actos civiles. En otros, y esto es lo más singular, danzaban hombres vestidos de mujer y no mujeres. Considerábaselas, indudablemente, como seres impuros. No se les acercaba nadie cuando estaban en sus menstruas. Tampoco durante ninguna de las fiestas sagradas, ni desde que se sembraba el maíz hasta que

se recogía. La castidad no era, con todo, grande en Nicaragua. La mujer, tal vez á causa de ese mismo envilecimiento, se prostituía con harta frecuencia. Había multitud de rameras que vendían sus gracias por diez almendras de cacao. Había rufianes que las acompañaban y guardaban el hogar sin estipendio, y por sólo el deseo de complacerlas. Había burdeles públicos. Aun hijas de nobles padres, se entregaban de solteras á gran número de mancebos, con el doble objeto de satisfacer sus apetitos y granjearse una buena dote.»

Todo esto muy ocasionado á la más viva sorpresa en gente tan de suyo salvaje. Ahora permitiréme hacer, como lo ofrecí, el detalle á según me alcance el entendimiento, una descripción de las sierras.

De las más asombrosas obras que el

Criador haya presentado á la mirada del hombre son aquellas inmensas sierras prolongándose infinita, fabulosamente, por todas las vastas posesiones de más allá del mar Océano.

Hacer su descripción de un modo que dé cabal idea sería vago miraje á las transparencias del habla, siendo artificio de que el entendimiento se vale.

Extensión asombrosa, porque nada hay en el orbe más imponente que estas elevadas montañas: comparadlas con el Océano enfurecido por las más horrorosas tormentas, con las cataratas de la Nueva España, con el cielo en una de esas noches en que parece una hopalanda fantástica regada de encajes fugaces, y veréis que todo eso es menos severo, menos majestuoso, menos imperioso ante el espíritu lleno de estupor que las contempla.

«Los Andes sobrenaturales», dice Amé-

rico Vespucio en uno de sus memoriales, y, en realidad, es como ha dicho el sabio nauta, sobrenaturales, porque tienen una majestad abrumadora.

Sus picachos, que se elevan al infinito como testas en desafío; sus contornos grises, ó rojos, ó violáceos, que se muestran ya enmelenados de árboles seculares, ó erizados de peñascos leviatánicos; sus valles, sus cañadas profundas, sus altiplanicies, sus cresterías grietadas de la suprema blancura que mienten las nieves perpetuas.

El espectáculo arrebatador de la aparición del rubio Febo cuando le va tendiendo una como sábana de encajes amarillos en esos días en que está el cielo puro y limpio.

La suprema hermosura de la pereza con que las nieblas se van elevando de lo profundo de sus desgarrones y ascienden hasta las cimas para tornarse voladoras y

desgarrarse en las más suaves ondulaciones.

Los mil ríos que le tejen una como divina telaraña, divina porque sólo la mano del Supremo Hacedor puede hilar en el alma de las más preciosas platas un artificio que es una realidad inconmensurable.

La palabra escrita no será jamás el pincel que pueda reflejar lo grandioso de esta grande obra de la Naturaleza.

En mis largos viajes he visto muchas cosas sorprendentes con que la mano de mi Dios ha asombrado mi humilde espíritu; pero ninguna como la emoción que me produjo un huracán en los arenales del Sahara y una noche de tormenta en el mar Océano, contemplando no lejos cómo se iluminaban las cumbres de los Andes bajo el ala ensoberbecida del turbión.

Las eminencias de la gran cordillera son en aquellas latitudes las más altas. Frente con frente al istmo que divide el

mar del Sur del mar de las Indias propiamente dicho.

Ya esta parte del sistema viene á ser la que sigue á los Andes de los Araucanos, ó de Chile, ó que nacen en las vastas soledades del Grande Plata; después continúa hasta hundirse bruscamente su formidable espolón en el mar de las Perlas.

En esta parte, ó sea desde los ventisqueros de Nueva España, al Sur del istmo, pasando por la región de los táchiras, de los táribas, de los mucutuyes, chachíes, hasta el Tocuyo, ó país de los tuicas, en esta parte inmensa que abarca más de seiscientas leguas castellanas fué donde guerreó por las armas de Su Majestad y por la Cruz el ínclito caballero Don Diego García de Paredes.

Después de una penosísima ascensión de cumbres, desfiladeros, saltando grandes desgarrones de la selva inmensa que forma á aquellos salvajes cerrajones una

como gigantesca pelambre, pudo llegar el ejército mandado por Nicuesa Alvarez á ponerse en contacto con los indios.

Fué una batalla terrible; tanto más, cuando que Nicaroguán se disponía á emprender el golpe que él llamaba final contra los invasores.

«—Si esta vez no acabo con los extranjeros y los traidores, me quito la vida.»

El ejército de Nicaroguán pasaba de setenta mil hombres.

La batalla duró poco más de medio día, y el ejército indio fué puesto en la derrota más fiera que hasta entonces se le hubiese dado.

Cuando el feroz caudillo nicaraguateca se vió vencido y rodeado de los enemigos, que ya lo iban á hacer cautivo, corrió hacia un farallón que había cerca del sitio en donde se encontraba, y montándose en él como sobre un pedestal, gritó:

«—¡No me habéis vencido, infames!

No lograréis ni siquiera el cadáver de este hombre que os ha infundido pavor muchas veces aun con vuestras armas infernales! No tomaréis ni siquiera mi cadáver, porque ahora mismo me voy á precipitar á una madriguera de tigres para que me devoren, antes que pase por la vergüenza de ser vuestro prisionero.»

Y diciendo estas inflamadas palabras se arrojó al abismo, un profundo precipicio cubierto de espeso bosque.

Su cuerpo se vió en el aire, al descender hacia el fondo del abismo como un objeto que se arroja desde lo alto de una torre.

BIBLIOTECA NACIONAL - CARACAS
Reg. BA-18655
Clas.
Ej. 2

ÍNDICE

Páginas.

El mar de las Perlas.

ADVERTENCIA..... 9
I.—Antelaciones..... 13
II.—Posteriores trabajos y fatigas para la evangelización y ordenación del país.—Partida y vuelta de Ocampo..... 23
III.—Más desventuras..... 25
IV.—Crudelísima batalla con los Guantas.—Los indios se ponen en fuga..... 31
V.—Desavenencias entre Ocampo y Jácome... 33
VI.—El protegido de Ocampo..... 35
VII.—Zorrillo..... 39
VIII.—El sacrificio de Guanta..... 47
IX.—La venganza de Paramaiboa.—La horrible mutilación.—Desesperación de la mujer de Albéniz.—Descubrimiento y sorpresa. 51
X.—Ataque á la encomienda de la Zapoara.... 57

Páginas.

Guaicaipuro.

ADVERTENCIA..... 63

I.—Aspecto general del país.—Cordilleras.—No era hijo de caciques.—De cómo llegó á ser señor y árbitro de los destinos de toda la Nación Teque.—Sus simpatías por los Araguas, feroces enemigos de su país.—Los Acariguas, los Caracas y los Cancaguas.—Alianza con los Cumanagotos..... 67

II.—Casamiento de Guaicaipuro.—Elección de barraganas.— Arranque caballeresco instintivo: «Para barraganas, ¡con una que tengo me basta!»..... 79

III.—El grito de alarma.—Tropas españolas en el golfo de los Güirias (Paria).. 85

IV.—El árbol divisa del guerrero indio.—Dase cuenta Guaicaipuro del peligro que amenaza á sus reinos.—Salida de los embajadores para los distintos Estados colindantes con el Teque..... 91

V.—Pintoresca reconcentración de tropas.—La esposa del gran cacique.—Mantenimientos.—¡Venían de muy lejos!—¡Eran los mismos!..... 103

VI.—Batalla de *Macarapana*.—Derrota del ejército indio.—Retirada de *Guaicaipuro*.—Su desesperación; su esperanza.—El amor tardío de Charúa á Guaicaipuro.—"¡No quiero amor, no quiero mujeres! Soy hom-

Páginas.

bre y... ¡no soy, no valgo nada! Mi patria se muere en mis brazos. ¡Déjame!"..... 109
VII.—Proyectos de reconstitución del imperio Teque.—Los nuevos planes de Guaicaipuro.—Las quejas de Yarúa.—Mensaje postrero.—Respuesta del cacique.—"¡Sí, te quiero, te quiero, divina! Pero iré á tus brazos cuando tus ejércitos y los míos hayan arrojado de nuestra tierra al enemigo". 121
VIII.—Continúan los reveses de las armas indias.—*Guaicaipuro* se desespera.—"¿Ese era el amor que me tenias?"..... 127
IX.—Las minas de Fajardo y Rodríguez..... 133
X.—Ponce de León, Losada y otros.—Captura de Guaicaipuro..... .. 139
APÉNDICE..... 153

El fiero Yaracuy.

ADVERTENCIA..... 157
I.—Antes con antes del descubrimiento de las Indias por Cristóforo Colombo..... 161
II.—Yaracuy, el pacífico..... 167
III.—Manaure y los que se oponían á la resistencia..... 169
IV.—Batalla de Cuycutúa.—Retirada de Vargas hacia las vertientes de la cordillera..... 175
V.—Ruina y espanto.—El fin de los Macaures y los Caripes.—El ejército de García de Paredes..... 183

Páginas.

VI.—El regreso de Vargas.—Sale para España después de entregar la encomienda al gobernador Ponce de León..... 193
VII.—Batalla de Uricagua..... 197
VIII.—Muerte de Yaracuy..... 201
Vida del guerrero bárbaro Nicaroguán..... 205
ADVERTENCIA 207

Publicaciones de la EDITORIAL-AMÉRICA

BIBLIOTECA DE LA JUVENTUD HISPANO-AMERICANA

SE HAN PUBLICADO:

I.—*Hernán Cortés y la popeya del Anáhuac,* por Carlos Pereyra.—3,50 ptas.

II.—*Francisco Pizarro y el tesoro de Atahualpa,* por Carlos Pereyra.—3 ptas.

III.—*Humboldt en América,* por Carlos Pereyra.—3,50 ptas.

IV.—*El general Sucre,* por Carlos Pereyra.—3,50 pesetas.

V.—*La entrevista de Guayaquil,* por Ernesto de la Cruz, J. M. Goenaga, B. Mitre, Carlos A. Villanueva. Prólogo de R. Blanco-Fombona.—3,50 ptas.

VI.—*Tejas. La primera desmembración de Méjico,* por Carlos Pereyra.—3,50 pas.

VII.—*Ayacucho en Buenos Aires y Prevaricación de Rivadavia,* por Gabriel René-Moreno.—4 ptas.

VIII.—*Apostillas á la Historia colombiana,* por Eduardo Posada.—3,50 ptas.

BIBLIOTECA DE HISTORIA COLONIAL DE AMÉRICA

MAESTRE JUAN DE OCAMPO: *La Gran Florida* (descubrimiento).

F. SALCEDO Y ORDÓÑEZ: *Los chiapas* (Río de la Plata y Paraguay).

DIEGO ALBÉNIZ DE LA CERRADA: *Los desiertos de Achaguas* (Llanos de Venezuela).

MAESTRE JUAN DE OCAMPO: *Los caciques heroicos: Paramaiboa, Guaicaipuro* y *Yaracuy.*

FRAY NEMESIO DE LA CONCEPCIÓN ZAPATA: *Los caciques heroicos: Nicaroguán.*

BIBLIOTECA DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

Obras de los más ilustres publicistas americanos.

SE HAN PUBLICADO:

I.—ORESTES FERRARA: *La guerra europea. Causas y pretextos.*
Profesor de Derecho público en la Universidad de la Habana.
Precio: 3,50 pesetas.

II.—ALEJANDRO ALVAREZ: *La diplomacia de Chile durante la emancipación y la sociedad internacional americana.*—Precio: 3,50 pesetas.
Consultor del ministerio (chileno) de Relaciones Exteriores.

III.—JULIO C. SALAS: *Etnología é Historia de Tierra-Firme (Venezuela y Colombia).*—Precio: 4 pesetas.
Profesor de Sociología en la Universidad de Mérida (Venezuela).

IV.—CARLOS PEREYRA: *El Mito de Monroe.*
Antiguo Profesor de Sociología en la Universidad de México y Miembro del tribunal permanente de Arbitraje, de La Haya.
Precio: 4,50 pesetas.

V.—JOSÉ DE LA VEGA: *La Federación en Colombia.*
Miembro del Centro de Historia, de Cartagena (Colombia).
Precio: 3,50 pesetas.

VI.—M. DE OLIVEIRA LIMA: *La evolución histórica de la América Latina.*
De la Academia brasilera.
Precio: 3,50 pesetas.

VII.—ANGEL CÉSAR RIVAS: *Ensayos de historia política y diplomática.* Precio: 4 ptas.
De la Academia de la Historia, de Venezuela.

VIII.—JOSÉ GIL FORTOUL: *El hombre y la historia. (Ensayo de Sociología venezolana.)*
De la Academia de la Historia, de Venezuela.
Precio: 3 pesetas.

IX.—JOSÉ M. RAMOS MEJÍA: *Rosas y el Doctor Francia. (Estudios psiquiátricos.)*
Presidente del Consejo Nacional de Educación en la República Argentina.
Precio: 3,50 pesetas.

X.—PEDRO M. ARCAYA: *Estudios de Sociología venezolana.*
Miembro de la Academia de la Historia, de Venezuela, y Ministro de Relaciones Interiores.
Precio: 4 pesetas.

XI-XII.—J. D. MONSALVE: *El ideal político del Libertador Simón Bolívar.*
Miembro de número de la Academia de la Historia, de Colombia.
Dos gruesos vols. á 4,75 cada uno.

XIII.—FERNANDO ORTIZ: *Los negros brujos. (Apuntes para un estudio de Etnología criminal.)*
Profesor de Derecho público en la Universidad de la Habana.

Precio: 4,50 pesetas.

XIV.—JOSÉ NICOLÁS MATIENZO: *El Gobierno representativo federal en la República Argentina.*—Precio: 5 pesetas.
Profesor en las Universidades de Buenos Aires y la Plata.

XV.—EUGENIO MARÍA DE HOSTOS: *Moral Social.*
Profesor de Sociología en la República Dominicana y de Derecho Constitucional en la Universidad de Santiago de Chile.

Precio: 4 pesetas.

XVI-XVII.—J. V. LASTARRIA: *La América.*
Enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Chile en las Repúblicas del Plata y en Brasil, etc.

Precio: 8 pesetas los dos volúmenes.

XVIII.—CECILIO ACOSTA: *Estudios de Derecho internacional.*
Miembro de la Academia de Ciencias Sociales y Bellas Letras, de Caracas.

Precio: 3,50 pesetas.

XIX.—WILLIAM R. SHEPHERD: *La América Latina.*
Profesor de Historia en la Universidad de Columbia (E. U.)

Traducción directa del inglés, por R. Blanco-Fombona.

Precio: 3,50 pesetas.

XX.—EMILIO RABASA: *La organización política de México. (La Constitución y la Dictadura.)*
Ex senador del Congreso Federal de México.

Precio: 4,50 pesetas.

XXI.—ALEJANDRO ALVAREZ: *El derecho internacional del porvenir.*
Secretario general del Instituto americano de derecho internacional.

Precio: 3,50 pesetas.

XXII.—JOSÉ INGENIEROS: *Ciencia y Filosofía. (Seis ensayos.)*—Precio: 3,50 pesetas.
Profesor en la Universidad de Buenos Aires.

XXIII.—CARLOS PEREYRA: *La Constitución de los Estados Unidos como instrumento de dominación plutocrática.*
Antiguo profesor de Sociología en la Universidad de México y miembro del Tribunal permanente de Arbitraje, de La Haya.

BIBLIOTECA DE AUTORES VARIOS

(ESPAÑOLES Y AMERICANOS)

SE HAN PUBLICADO:

I.—OFRENDA DE ESPAÑA Á RUBÉN DARÍO, por Valle-Inclán, Unamuno, Antonio Machado, Cávia, Pérez de Ayala, Díez-Canedo, González Olmedilla, Cansinos-Assens, etc., etc.

Precio: 3,50 pesetas.

II.—ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO: *Escritores representativos de América.*—(**Rodó. Blanco-Fombona. Carlos A. Torres. Carlos O. Bunge. J. Santos Chocano.**)

Precio: 4,50 pesetas.

III.—RAFAEL ALTAMIRA: *España y el programa americanista.*

Precio: 3,50 pesetas.

IV.—POESÍAS INÉDITAS de Herrera el divino, Quevedo, Lope de Vega, Argensola (Lupercio), Góngora, Marqués de Ureña y Samaniego, María Gertrudis Hore, Alvaro Cubillo de Aragón, Juan de Matos Fragoso, Cristóbal del Castillejo, Luis Gálvez de Montalvo, Zaida (poetisa morisca), Tirso de Molina, Baltasar Alcázar.

Precio: 3 pesetas.

V.—PEDRO DE RÉPIDE: *Los espejos de Clio.*

Precio: 3,50 pesetas.

VI.—ANTONIO MANERO: *México y la solidaridad americana.*

Precio: 3,50 pesetas.

BIBLIOTECA DE AUTORES CÉLEBRES

(EXTRANJEROS)

SE HAN PUBLICADO:

I.—SOREN KIERKEGAARD: *Prosas.*

Traducción de Alvaro Armando Vasseur (obra inédita en castellano).

Precio: 3,50 pesetas

II.—ENRIQUE HEINE: *Das Buch der Lieder.*

Traducción de Juan Antonio Pérez Bonalde.

Precio: 3,50 pesetas.

III.—EÇA DE QUEIROS: *París.*

Traducción de A. González-Blanco (obra inédita en castellano).

Precio: 3,50 pesetas.

IV.—EUGENIO DE CASTRO: *Belkis.*

Traducción de Luis Berisso.

Precio: 3,50 pesetas.